

## **En homenaje a la nación y a su líder: los festejos del 15 y 16 de septiembre<sup>1</sup>.**

**Campos Perez, Lara.**

La más veterana de todas las conmemoraciones nacionales celebradas en la última década del Porfiriato tenía, como señalamos en el capítulo 2, poco menos de ocho décadas de celebración casi ininterrumpida. Ejecutada por primera vez en pleno proceso insurgente y como parte del mismo<sup>2</sup>, se había consolidado en las décadas centrales del siglo XIX y ya para finales de esta centuria se había popularizado al hacer de ella una fiesta que, sin dejar de ser solemne, promovió la inclusión de la ciudadanía en ella. A este respecto resultó crucial el año de 1887, pues fue entonces cuando por primera vez la ceremonia del grito, que tenía lugar la noche del día 15 de septiembre y que conmemoraba el momento en el que el cura Miguel Hidalgo había llamado a la insurgencia en la parroquia de Dolores en Guanajuato, dejó de celebrarse en el espacio cerrado y excluyente que era el Teatro Nacional y se escenificó en uno mucho más amplio y democrático: la plancha del zócalo capitalino. En este espectacular escenario, a partir de ese año, la multitud allí reunida vio a don Porfirio asomarse al balcón de Palacio Nacional, tañer la campana como lo habría hecho el insigne cura de Dolores y vitorear al movimiento insurgente y a los héroes patrios<sup>3</sup>.

El establecimiento de este cambio en la ritualidad trajo consigo algunas modificaciones tanto semánticas como morfológicas a la celebración de la efeméride. Si, por una parte, dio pie a la organización de manifestaciones populares nocturnas, formadas sobre todo por contingentes de obreros y estudiantes, que, después de recorrer algunas de las principales calles de la ciudad, desembocaban en la plaza de la Constitución poco antes de la ceremonia del grito; por otra, permitió que la felicitación al General Díaz por su cumpleaños, que tenía lugar –por “feliz coincidencia”, como no se cansaron de repetir los

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en: Campos Pérez, L. (2018), *Ave, oh Porfirio! Conmemoraciones, cesarismo y modernidad al final del Porfiriato (1900-1911)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>2</sup> Aunque la primera celebración oficial se llevó a cabo en 1825, hubo algunas ejecuciones previas, siendo la más antigua la registrada en 1812, promovida por López Rayón, Plasencia de la Parra, 1991, pp. 16-17; sobre la fiesta como parte de los movimientos revolucionarios, Ozouf, 1976, p. 13.

<sup>3</sup> Moya, 2001; Beezley, 2008, pp. 87-103; Moreno, 2011, pp. 59-88; Hernández Márquez, 2004; Serrano Migallón, 1995, pp. 113-119.

afectos al régimen— el día 15 se fusionara con los festejos patrios<sup>4</sup>, haciendo de ambas celebraciones las dos caras de una misma moneda, pues en ellas se representaba a la nación y al único que hasta ese momento había demostrado ser capaz de manejar adecuadamente sus destinos; algo que, desde luego, resultaba de gran utilidad a todos los interesados en blindar la imagen cesarista del gobierno porfiriano.

Junto a los festejos de la noche del 15, que solían concluir con la quema de fuegos artificiales y con verbenas callejeras, durante la mañana del 16 se llevaba a cabo la ceremonia cívico-militar, cuyo escenario era la Alameda. Allí acudía don Porfirio y algunos de sus secretarios de Estado, seguidos de otra procesión cívica que acompañaba al Primer Magistrado de la nación en su recorrido desde Palacio Nacional. En las tribunas erigidas al efecto, los asistentes escuchaban la lectura del Acta de Independencia, así como las oraciones cívicas y las poesías patrióticas compuestas para la ocasión, todo ello entreverado con piezas de música interpretadas por bandas de policía o militares. Posteriormente, tenía lugar el desfile de la columna de honor, en el que participaban algunos de los cuerpos del Ejército y en donde, como era habitual, los Rurales, con su indumentaria característica, solían llamar especialmente la atención. Por la tarde, en las plazas y plazuelas de la ciudad había diversiones gratuitas para los ciudadanos y los foráneos que, cada vez en mayor número, llegaban a la ciudad para asistir a los festejos. Circo, cucañas, tandas de teatro y una nueva quema de fuegos artificiales la noche del 16 constituían las principales diversiones populares. Además de esto, y como ocurría también con motivo de la celebración de otras efemérides, se aprovechaban las fiestas patrias para la inauguración tanto de obras de infraestructura, como escuelas y mercados; como de obras de embellecimiento urbano, como las estatuas de Fray Servando Teresa de Mier y del General Zuazua inauguradas en 1894<sup>5</sup>.

Aunque las ceremonias de los días 15 y 16 gozaron siempre de muy buena salud, en la última década del siglo XIX hubo años en los que adquirieron mayor espectacularidad, fruto de algún proceso de la vida política del país o de algún evento en la vida público-privada de don Porfirio. Fue el caso, por ejemplo, de 1896, año en que se habían celebrado

---

<sup>4</sup>Como señalamos en el capítulo 2, la celebración del cumpleaños del Primer Magistrado de la nación era práctica habitual en la República Restaurada desde época de Juárez; según Moya y Beezley, la fusión de ambos festejos inició a principios de la década de los 80, pero adquirió mayor visibilidad y fusión a partir de 1887, Moya, 2001, pp. 58-59; Beezley, 2008, 103-111.

<sup>5</sup>Moreno, 2011, pp. 71-74; Beezley, 2000, 131-140.

los comicios que permitieron la cuarta reelección de Díaz y año también en que decidió llevarse a cabo el traslado de la campana que había tañido Hidalgo en el pueblo de Dolores a Palacio Nacional, evento altamente ritualizado que permitió dotar de mayor peso simbólico a la ceremonia nacional del grito. Tres años más tarde, en 1899, con motivo del sexagésimo noveno cumpleaños del General Díaz, los miembros del Club de Amigos de Porfirio Díaz, que eran quienes normalmente se encargan de orquestar los festejos de su aniversario, decidieron organizar una celebración por todo lo alto en la ciudad, que incluyó, entre otras cosas, la confección de sofisticados arcos de triunfo instalados en las calles de San Francisco y Plateros, bajo los cuales pasó Díaz en dirección a Palacio Nacional<sup>6</sup>. Así pues, al concluir el siglo XIX, desde el punto de vista ritual, las celebraciones del 15 y 16 estaban perfectamente asentadas en la Ciudad de México; los últimos años de gobierno porfirista le imprimirían algunas modificaciones, de acuerdo a las demandas de los nuevos tiempos.

Pero además de estas dos efemérides, a lo largo del mes de septiembre había al menos otras dos fechas históricas con implicaciones nacionales, eso sin contar con los festejos patrios de algunas naciones amigas, como España e Italia, con cuya ritualidad y significados interactuaban las fiestas del 15 y 16 de septiembre. Una de estas celebraciones, lamenos polémica desde el punto de vista político, era el aniversario de la hazaña de los Niños Héroes en 1847, que se conmemoraba cada 9 de septiembre con una solemne ceremonia en Chapultepec a la que sin falta acudía el General Díaz<sup>7</sup>. La otra, que carecía de sanción oficial y también de todo tipo de ceremonia pública, conmemoraba la consumación de la Independencia a manos de Iturbide el 27 de este mismo mes. La supuesta traición de Iturbide había llevado a los liberales a rechazar visceralmente esta celebración desde las décadas centrales del siglo XIX, algo que resultaba no sólo ofensivo sino incoherente para los conservadores católicos, que, una vez que comenzaron a integrar a Hidalgo en su relato de la emancipación de México, no podían comprender por qué se dejaba afuera a quien había sido responsable de su culminación<sup>8</sup>. Este debate sobre las fechas simbólicas, aunque menos enfático que en las décadas previas, también estuvo presente durante los últimos

---

<sup>6</sup>Moreno, 2011, pp. 70-73; Esposito, 2010, pp. 86-97.

<sup>7</sup>Plasencia de la Parra, 1995, pp. 241-279.

<sup>8</sup>Pérez Vejo, 2008, pp. 107-152; Esposito, 2010, pp. 92-93; O'Gorman, 1986, pp. 37-38.

años de la centuria y continuó siendo objeto de quejas por parte de los católicos durante la siguiente década.

Desde el punto de vista semántico, desde su origen, la conmemoración de la Independencia había estado claramente identificada con la definición de México como nación moderna, y a partir de su vinculación con el onomástico de don Porfirio, con el papel que a este se le asignó en relación a la existencia y los destinos de la misma. Para las postrimerías del siglo XIX la existencia de México como nación ya no estaba en cuestión por parte de ninguno de los segmentos del arco ideológico, incluso el conservadurismo tradicionalista representado por *La Voz de México* admitía la emancipación de México del monarquía hispánica como parte de las inexorables leyes de la historia<sup>9</sup>. Sin embargo, para los representantes de cada uno de esos segmentos del arco ideológico, lo que incluía y excluía ese concepto no era exactamente lo mismo. Si, como ha señalado, entre otros, Thiesse, la construcción de las naciones responde siempre a la combinación de una misma serie de elementos<sup>10</sup>, entre ellos, unos de naturaleza político-normativa –definición política, jurídica y ciudadana– y otros de origen cultural –relato histórico, alteridad y tradiciones–, el peso que los distintos actores políticos y sociales dieron a cada uno de ellos, así como las lecturas específicas que les aplicaron, llevaron a percepciones distintas respecto a lo que era o debía ser la nación mexicana. El proyecto de futuro común, parte constitutiva esencial de todo proceso de construcción nacional y que en este momento de la historia de México – como en la de muchos otros países– consistía en el logro del progreso, la modernidad y el reconocimiento internacional, era quizás el punto en el que convergían todas las posturas políticas; sin embargo, los medios que se debían emplear para alcanzar este fin eran definitivamente distintos.

Desde el punto de vista político-normativo, como señalamos en otros capítulos, la postura oficial resultaba algo ambigua, pues si bien su alejamiento de la Constitución de 1857, a la que consideraban un código demasiado metafísico y poco práctico, era evidente, desde luego no contemplaban la existencia de la nación sin una constitución y con un régimen distinto al parlamentario. Sin embargo, ambas cosas debían estar supeditadas a un valor superior, el orden, cuya existencia parecía encarnar, en su opinión, mejor que en ningún otro instrumento jurídico, en una figura de autoridad fuerte, que en este caso Díaz

---

<sup>9</sup>“16 de septiembre”, *La Voz de México*, 18 de septiembre de 1900.

<sup>10</sup>Thiesse, 1999; una visión de esta misma idea para el caso mexicano en Tenorio Trillo, 1995, pp. 313-334.

representaba a la perfección. Respecto a la ciudadanía y sus derechos, sin negar la existencia de estos, consideraban que el pueblomexicano no estaba todavía preparado para ejercerlos, o al menos, para ejercerlos de la forma en la que habían sido consignados en la Constitución de 1857; por eso, y para garantizar ese valor supremo que era el orden, no veían ningún impedimento en restringir algunas de sus libertades en aras de ese proyecto de futuro que era el progreso<sup>11</sup>.

Buena parte de estos planteamientos eran compartidos por los nuevos católicos, para quienes el orden y las jerarquías formaban parte esencial de la idea de México como nación, por eso, a partir de la consolidación de la políticas de conciliación comenzaron a ver con buenos ojos la figura autoritaria de Díaz<sup>12</sup>. Sin embargo, discrepaban de la postura gubernamental respecto a la laicidad del Estado y alas implicaciones que esto tenía para el pueblo. Aunque en su opinión, este también debía de ser educado, debía serlo primero en la fe religiosa y después en la fe patriótica, pues las naciones, como señalaron algunos de los publicistas católicos durante aquellos años, habían surgido por voluntad de Dios, de modo que para bien honrar a la nación resultaba fundamental comenzar por cultivar la fe religiosa, porque esta última comprendía a la primera; así que para ser un buen ciudadano era preciso ser un buen creyente. Además, como advertían, si el pueblo mexicano era de por sí un pueblo piadoso y temeroso de Dios, resultaba incongruente vivir bajo un régimen que no contemplara el culto católico como una obligación y un deber<sup>13</sup>.

La postura del liberalismo doctrinario a este respecto, como ya se ha mencionado en otros capítulos, era discrepante. Para ellos, el respeto a la definición política y jurídica de la nación parecía ser una de las principales garantías de la existencia de México, por eso, todo alejamiento de la Ley Fundamental era interpretado como una traición a las esencias patrias y un insulto a la ciudadanía que era, en última instancia, la depositaria de la soberanía. En el pueblo, que también en su opinión debía ser educado, se encontraban los fundamentos de la nacionalidad mexicana; sin embargo, las malas políticas lo habían llevado –como ya había ocurrido en épocas anteriores– al embrutecimiento y a la abyección, algo que podría fácilmente desaparecer en el momento en el que pudiera tener acceso al ejercicio de todas

---

<sup>11</sup>Hale, 2002, pp. 109-220 y 1998, pp. 455-472; Guerra, 2010, pp. 377-394.

<sup>12</sup>Ceballos, 1991, pp. 156-157; Adame Godard, 1985, p. 161.

<sup>13</sup>“La independencia nacional”, *El País*, 16 de septiembre de 1901.

sus libertades. Así pues, en su opinión, el logro de un México próspero y moderno sólo podía pasar por el sometimiento del orden a la libertad<sup>14</sup>.

Respecto a la definición de la nación desde el punto de vista cultural, es decir – como señalaba Bartra– a partir de aquellas representaciones subjetivas que permitían la enunciación de “lo mexicano”<sup>15</sup>, las percepciones también eran distintas. En cuanto al relato histórico que legitimaba la existencia de México a través de los siglos, después de varias décadas de acre disputa, desde el punto de vista oficial se había llegado a un cierto consenso que permitía una valoración positiva de los distintos momentos históricos por los que había pasado “México” desde su origen en las civilizaciones prehispánicas y hasta el momento presente<sup>16</sup>. La vindicación de la riqueza prehispánica realizada por los primeros liberales no sólo se mantuvo, sino que se exploró con meticulosidad científica y con cuidado artístico hasta el final del Porfiriato<sup>17</sup>. Sin embargo, la visión negativa de la conquista y del periodo colonial predominante en las décadas previas se fue desvaneciendo; algo que no resultó en absoluto del agrado del liberalismo doctrinario, para quien ese periodo histórico representaba la causa del atraso y de los problemas presentes de México. Finalmente, los años de la insurgencia y el inicio del México independiente fueron valorados también de forma positiva, no sólo por los liberales de distinto signo, sino también por el conservadurismo católico moderado, que comenzó a interpretar el movimiento iniciado por el cura Miguel Hidalgo como una señal dada por la providencia para el inicio de la emancipación, cuya conclusión tendría lugar once años más tarde y gracias a la inestimable –en su interpretación– actuación de Iturbide<sup>18</sup>.

En cuanto a la definición de la alteridad, es decir, de ese “otro” que permitía la enunciación de un nosotros mexicano, también se produjeron algunas modificaciones respecto a cómo había sido presentado en las décadas previas. Desde el punto de vista oficial, si de lo que se trataba era de construir la imagen de un México moderno y cosmopolita, lo primero que había que hacer era desterrar en la medida de lo posible los prejuicios históricos hacia otras naciones, como la española o la estadounidense. En su

---

<sup>14</sup>Bastian, 1991, pp. 29-46.

<sup>15</sup>Bartra, 1987, p. 16.

<sup>16</sup>Sobre las disputas en torno a la interpretación de la historia en las décadas centrales del siglo XIX, Pérez Vejo, 2008, pp. 49-152; sobre la interpretación de la historia nacional durante el porfiriato, puede verse, entre otros, Matute, 2003, pp. 33-46.

<sup>17</sup>Tenorio Trillo, 1998, pp. 103-172; Florescano, 2005, pp. 152-187.

<sup>18</sup>Una visión de la interpretación conservadora de la historia en Arenal, 2003, pp. 63-90.

lugar, se debía procurar crear lazos de amistad y de comercio, que además favorecerían la inserción de México en el selecto grupo de las naciones modernas y civilizadas<sup>19</sup>. Aunque en general este planteamiento fue aceptado por los representantes de los distintos segmentos del arco ideológico, pues todos ellos valoraban de forma positiva el reconocimiento de México en el ámbito internacional, ciertos sectores del liberalismo doctrinario más radical no abandonaron su hispanofobia tradicional, así como ciertos grupos de católicos tampoco pudieron soslayar sus suspicacias hacia el protestantismo anglosajón<sup>20</sup>.

Finalmente, en lo relativo a las tradiciones y costumbres del pueblo mexicano, elemento estrechamente ligado con la idea de la ciudadanía, aunque la literatura romántica de la segunda mitad del siglo XIX se había empeñado en mostrar la pureza y la belleza de esas costumbres populares<sup>21</sup>, la política científica no veía en todas –ni en muchas– de ellas ese sentido bucólico, que también el liberalismo doctrinario se empeñaba en exaltar. No eran los únicos, desde luego, pues para el conservadurismo católico moderado también buena parte de las costumbres populares –excepto las religiosas– no podían ser calificadas sino como de bárbaras. Sin embargo, frente a sus soluciones de rezo y confesionario, la visión positivista de los científicos proponía otras formas de regeneración, que pasaban, entre otras cosas, por la eliminación, por los medios que fuera, de ciertos malos hábitos, como el consumo de alcohol; así como por la extirpación de todos aquellos elementos que pudieran alterar o pervertir el correcto funcionamiento del cuerpo social<sup>22</sup>. En el medio de todos estos debates, el elemento subyacente era lo que por aquellos mismos años se denominó “el problema indígena”, que no se refería a otra cosa sino a cómo ubicar al indio del presente –no al indio mítico del relato histórico– en la nueva modernidad mexicana<sup>23</sup>.

Todos estos aspectos referentes a la definición de México como nación estuvieron presentes en las sucesivas celebraciones del 15 y del 16 de septiembre que se llevaron a cabo en la última década de gobierno de Porfirio Díaz. Tanto en la puesta en escena como a través de los discursos, el aparato oficial expresó su idea de México como nación, haciendo

---

<sup>19</sup>Riguzzi, 1988, pp. 137-157.

<sup>20</sup>Sobre los resabios del debate hispanofilia-hispanofobia en estos años, Granados García, 2003, pp. 441-458; la suspicacia de los católicos ante el protestantismo anglosajón en Adame Godard, 1985, pp. 161.

<sup>21</sup>Illades, 2005.

<sup>22</sup>La bibliografía sobre este tema es amplia, algunas cuestiones relativas a los últimos años del Porfiriato en Pérez Monfort, Del Castillo y Piccato, 1997.

<sup>23</sup>Powell, 1968, pp. 19-36; Tenorio Trillo, 1998, pp. 122-218.

mayor énfasis en uno u otro aspecto en función de las circunstancias nacionales e internacionales que rodearon al festejo; así hasta llegar a su culminación durante las fiestas del Centenario. Esta visión oficial, como veremos a continuación, fue contestada por el resto de actores sociales y políticos del país, que, o bien refrendaron la representación que observaron durante esos días, o bien cuestionaron uno o varios aspectos tanto de su forma como de su fondo, ya fuera de modo argumentativo o a través de su silencio. Si casi todas las conmemoraciones oficiales eran importantes para construir la imagen pública del régimen porfiriano y modelar su apariencia cesarista, esta, que se refería a la nación, uno de los elementos clave de la política de aquellos años, resultó crucial.

Así pues, durante la última década de gobierno porfiriano, las celebraciones del 15 y 16 de septiembre se llevaron a cabo a partir del guion establecido en los años previos. A este esquema festivo se le fueron sumando elementos, lo que forzó a que las celebraciones se extendieran por un número cada vez mayor de días, hasta llegar al Centenario, cuando los fastos nacionales y porfirianos ocuparon prácticamente todo el mes de septiembre y hasta la segunda semana de octubre. Sin embargo, salvo en aquella ocasión, lo habitual fue que los rituales celebrativos iniciaran la tarde del día 14 de septiembre con las felicitaciones personales al General Díaz en su residencia del castillo de Chapultepec y concluyeran el día 17 con una serie de actos dedicados a la infancia, en su calidad de representación del futuro promisorio de la nación. La ceremonia del grito la noche del 15 y el acto cívico-militar del día 16 se mantuvieron en los mismos términos de siempre. Asimismo, el engalanamiento de los edificios públicos (así como de buena parte de los privados ubicados en las calles céntricas), las iluminaciones nocturnas, las diversiones públicas y la quema de fuegos artificiales siguió realizándose de la misma forma.

Debido a las proporciones y a la relevancia de la celebración, varias fueron las asociaciones y corporaciones involucradas en su organización. Si de los actos ejecutados de forma más precisa para agasajar a don Porfirio con motivo de su onomástico se ocupaba el Círculo de Amigos de Porfirio Díaz, de los que tenían que ver con la ceremonia oficial se encargaba el Ayuntamiento y posteriormente el Gobierno del Distrito Federal, apoyado tanto en la Secretaría de Gobernación y en la de Guerra y Marina, como en las Juntas Patrióticas de las distintas demarcaciones. Igualmente, debido a la magnitud del festejo, este era el que resultaba más oneroso para las arcas municipales y nacionales, pues, sin



tomar en consideración el gasto erogado con motivo del Centenario<sup>24</sup>, el monto destinado por el Ayuntamiento de la Ciudad de México con motivo de las fiestas patrias a lo largo de esta década osciló entre los 5.000 y los 10.000 pesos<sup>25</sup>, una suma considerablemente superior a la empleada en otras festividades “caras”, como las del 5 de mayo, y que llegó a ser hasta treinta veces superior a la invertida con motivo de las celebraciones constitucionales del 5 de febrero.

### **7.1 La nación mexicana a través de su Ejército (1900-1902)**

Entre 1900 y 1902, el tiempo en que el General Bernardo Reyes permaneció al frente de la Secretaría de Guerra y Marina, las fiestas de la patria, como ocurrió con aquellas otras conmemoraciones –las del 2 de abril y las del 5 de mayo– que evocaban episodios militares, permitieron asignar al Ejército un papel protagónico, ya fuera a través de la ejecución de sofisticadas maniobras, ya mediante la realización de desfiles espectaculares. De este modo, el Ejército nacional, garante de la libertad y de la integridad de México y, por tanto, uno de sus principales sostenedores desde la perspectiva liberal, intentó ser presentado en estos tres aniversarios como uno de los pilares fundamentales sobre los que se asentaba la nacionalidad mexicana (tanto por su función defensora como por la modernidad material y ejecutiva de la que hizo alarde) y no como una corporación con intereses particulares, como durante muchas décadas se le había visto<sup>26</sup>.

En este punto, el conservadurismo católico moderado coincidía con la visión oficial, aunque por razones no exactamente iguales. En su opinión, el reforzamiento del Ejército, más allá de demostrar el poderío de la nación en este aspecto, representaba la garantía del cumplimiento de ese “nobilísimo deber de la obediencia”<sup>27</sup> por parte de la ciudadanía, que para ellos resultaba fundamental para el buen funcionamiento de la vida social del país. El

---

<sup>24</sup>Algunos datos a este respecto en Gonzáles, 2007, pp. 495-533.

<sup>25</sup>Los programas y los presupuestos de estos festejos entre 1900 y 1910 pueden consultarse en AHCM, fondo: Ayuntamiento y Gobierno del Distrito, sección: festividades, vol. 1608, exps. 14 al 24, 37 al 39, 54, 58 al 60, 77, 79, 82 y 104; vol. 1609, exp. 118, 133, 135, 137; vol. 1610, exp. 178, 190; vol. 1611, exp. 221, 229 al 231, 233, 234, 242 al 251, 256 al 261, 263-267; vol. 1612, exp. 269 al 345.

<sup>26</sup>Para el liberalismo de las décadas centrales del siglo XIX (como el de otros países, como España), el Ejército nacional representaba la defensa de los intereses del pueblo soberano, Brading, 1992, pp. 179-204; sobre la situación del Ejército en las últimas décadas del siglo XIX, Hernández Chávez, 1989, pp. 257-296; el nuevo enfoque dado a las fuerzas armadas por Reyes en Sánchez Rojas, 2010, pp. 163-190 y 2011, pp. 93-127.

<sup>27</sup>“La Segunda Reserva desfila ante el señor Presidente de la República”, *El Tiempo*, 16 de septiembre de 1902; “Nuestro pueblo en los días de la patria”, *El País*, 22 de septiembre de 1906.

liberalismo, tanto el doctrinario como el conservador representado por los científicos, se mostró, sin embargo, receloso ante el inusitado protagonismo adquirido por las armas mexicanas en las fiestas patrias; aunque,asimismo, ese recelo procedía de motivaciones distintas. Así pues, mientras el liberalismo doctrinario, curtido en asonadas militares y pronunciamientos cuartelarios, veía en ello una potencial amenaza para las instituciones civiles sobre las que se asentaba el gobierno republicano<sup>28</sup>; para los científicos, Reyes y la Secretaría de Guerra representaban un obstáculo para la ejecución de sus planes políticos, que en ningún caso pasaban por el fortalecimiento del Ejército, más allá que desde el punto de vista simbólico<sup>29</sup>.Sin embargo, el prestigio del que gozó Reyes durante aquellos tres años les impidió suprimir o reducir esas grandes demostraciones militares.

En 1900, los llanos de Anzures, espacio en el que unos meses antes habían tenido lugar las demostraciones militares del 2 de abril y del 5 de mayo, fue el escenario en el que se verificó la ceremonia cívico-militar. En esta planicie, situada al noroeste del centro de la ciudad<sup>30</sup>, desde las 6:30 de la mañana de ese 16 de septiembre estaban ya perfectamente formados los soldados que habrían de tomar parte en las maniobras, cuya ejecución fue realizada, en la opinión de muchos, “con entera precisión”<sup>31</sup>. Pocos minutos antes de las 10 de la mañana, primero el toque del clarín y a continuación los acordes del Himno Nacional anunciaron la llegada de don Porfirio y de la comitiva presidencial a las inmediaciones. Una vez instalados todos ellos (más el embajador de Estados Unidos, Powell Clayton) en la tribuna de honor –que presentaba una abundante decoración compuesta de trofeos militares y coronas de encino y laurel– dio inicio la ceremonia oficial. Esta consistió, como era habitual, en la lectura del Acta de Independencia realizada por el Secretario del Ayuntamiento, en la oración cívica, que ese año estuvo a cargo del Licenciado Rafael Lozano Santiago y en la declamación de una poesía patriótica por parte de Manuel Mateos Cejudo.

A continuación, tuvo lugar la imposición de condecoraciones ejecutada por el propio Díaz, que fue considerada como uno de los actos más emotivos del festejo. Aquel

---

<sup>28</sup>“Conducta política del director de este diario durante 21 años”, *Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1902.

<sup>29</sup>Álvarez Garibay, 2011, pp. 80-81.

<sup>30</sup>Véase plano del capítulo 2.

<sup>31</sup>La crónica de la jornada puede seguirse en: “Las ceremonias de ayer en Anzures”, *El Imparcial*, 17 de septiembre de 1900; la valoración positiva en la ejecución de las maniobras apareció también en otros diarios, véase “Las fiestas del 15 y 16”, *El Tiempo*, 18 de septiembre de 1900.

año, dichas condecoraciones fueron recibidas, entre otros, por Bernardo Beyes, a quien se le impuso la de constancia de primera clase; así como por seis soldados indígenas, debido a su participación en el sitio de Querétaro de 1867. Estos se presentaron a recibirlas “vistiendo el humilde traje de la gente del pueblo” y fueron entusiastamente aplaudidos<sup>32</sup> (figura 24). Finalmente, el General Díaz hizo entrega de nuevas banderas a algunos de los regimientos y les tomó el reglamentario juramento de lealtad. Después de esto, sobre las 12 del mediodía, comenzó el desfile de la columna de honor, que tras salir de los llanos de Anzures, se dirigió al Paseo de la Reforma y a la Avenida Juárez, donde millares de espectadores lo vieron pasar.



Figura 24: “Grupo de patriotas indígenas”, *El Mundo Ilustrado*, 23 de septiembre de 1900.

---

<sup>32</sup> “Las fiestas de la patria”, *El Mundo Ilustrado*, 23 de septiembre de 1900.

Para el año siguiente, la Secretaría de Guerra había preparado un programa similar, aunque en otro escenario, el rancho La Vaquita, situado al sureste del centro histórico<sup>33</sup>. Sin embargo, los actos tuvieron que ser cancelados debido a que las lluvias de los días previos habían dejado completamente anegado este escenario, lo cual habría obligado a los militares –como apuntaba irónicamente uno de los redactores de *El Hijo del Ahuizote*– a hacer “patriobras”, en vez de “maniobras”, “porque el campo estaba hecho una laguna”<sup>34</sup>. La aportación del Ejército en los festejos de ese año se limitó a un desfile por las calles céntricas de la capital una vez que concluyó el acto cívico, que en aquella ocasión, debido a esta eventualidad, se efectuó de forma improvisada en uno de los salones del Senado y que tuvo como oradores a Rodolfo Reyes y Ignacio M. Lichichi.

Un año más tarde, en 1902, la Secretaría de Guerra y su máximo responsable se vieron sobradamente resarcidos, pues además de las maniobras ejecutadas esta vez sin contratiempos en el rancho La Vaquita, el día 14, sin vincularlo explícitamente a los festejos conmemorativos, pero evidentemente relacionado con ellos, Reyes ordenó la ejecución de un macro desfile de la Segunda Reserva por las calles principales de la capital, que fue presenciado por Porfirio Díaz desde los balcones de Palacio Nacional, “quedando –según un editorialista de *La Patria*– absolutamente impresionado del soberbio espectáculo”<sup>35</sup>. Esta demostración no resultó, sin embargo, muy del agrado ni de los científicos ni de los representantes del liberalismo doctrinario, que, por razones no exactamente iguales, veían con recelo el proyecto de la Segunda Reserva<sup>36</sup>. En esta ocasión la ceremonia cívica tuvo lugar también en el rancho La Vaquita y contó como principal orador con el diputado Manuel Calero, por entonces todavía en buenos términos con don Porfirio.

La grandilocuencia de las escenificaciones públicas tuvo su correlato en los discursos oficiales, en los que se exaltó no sólo la acción de los insurgentes y de manera enfática la emprendida por Miguel Hidalgo, sino las consecuencias de aquellas hazañas y la

---

<sup>33</sup>El programa puede consultarse en AHCM, fondo: Ayuntamiento y Gobierno del Distrito, sección: festividades, vol. 1608, exp. 17; así como en las principales cabeceras de la prensa.

<sup>34</sup>“Las fiestas de la patria”, *El Hijo del Ahuizote*, 22 de septiembre de 1901.

<sup>35</sup>“La gran columna de reservistas”, *La Patria*, 16 de septiembre de 1902.

<sup>36</sup>Sobre la Segunda Reserva y la actitud recelosa de los científicos ante este proyecto de Reyes: Bryan, 1971, pp. 91-93; Benavides, 1998, pp. 44-49; las razones de los liberales doctrinarios fueron parcialmente expuestas en “Conducta política del director de este diario durante 21 años”, *Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1902, en donde advertían que mientras a los integrantes de la Segunda Reserva no se les diera una educación civil, además de la instrucción militar, su existencia podía poner en peligro a la nación.

manera en la que su herencia estaba siendo gestionada en el presente. A este respecto quizás resultó significativo el discurso pronunciado por Rodolfo Reyes en 1901, un discurso denso y emotivo, todavía no tan cargado de críticas hacia los científicos, como el que pronunciaría dos años más tarde con motivo del aniversario luctuoso de Juárez. En aquella ocasión, el joven abogado Reyes hizo un llamado a la unidad nacional, para que, dejando de lado los intereses partidistas, todos los mexicanos caminaran unidos en pos del ideal del progreso; porque sólo así México podría mostrar ante las demás naciones la fortaleza que le era natural y que le permitía estar al mismo nivel que el de esas naciones modernas. Pero esta unidad, para ser completa –apuntaba don Rodolfo–, debía integrar también a los indígenas, porque ellos constituían un porcentaje demasiado elevado de la población como para que el resto de la sociedad siguiera ignorándolos. Finalmente, concluyó su alocución exaltando la figura del cura de Dolores y exhortando a su público a que siguiera su ejemplo de heroísmo y abnegación, cada uno desde su lugar concreto y a través de sus propios medios, “porque todos tendremos que rendir cuentas un día ante los ojos de Hidalgo, y en ese momento todos queremos decir y nos sentiremos orgullosos por ello, que hicimos algo para ser dignos sucesores de él”<sup>37</sup>.

Por su parte, la ceremonia del grito se ejecutó durante estos tres años en su formato habitual, salvo en 1901, cuando, en señal de duelo por los funerales de Estado que ese día estaban teniendo lugar en Estados Unidos tras el asesinato de su presidente, William McKinley, se procuró hacer de ella un acto más sobrio y menos festivo. Esto llevó, entre otras cosas, a que se suspendieran la mayor parte de diversiones públicas planeadas para ese día y para el siguiente, algo que no logró evitar que –como apuntaba un editorialista de *El Imparcial*– “en torno al quiosco de Chapultepec y al ritmo de los acordes del Himno Nacional, la gente hiciera corro y lanzara vivas a la patria”<sup>38</sup>. Sin embargo, en 1900 y en 1902, las celebraciones se hicieron por todo lo alto, con procesiones de obreros que llegaban a la plaza de la Constitución minutos antes del grito, con escenográficas iluminaciones en los edificios públicos y con complejos castillos de fuegos pirotécnicos que hacían vibrar y estremecerse a todos los que se habían congregado allí para asistir a la

---

<sup>37</sup>Reproducción íntegra del discurso en “El XCI aniversario de la Independencia. Discurso del Lic. Rodolfo Reyes”, *El Imparcial* 17 de septiembre de 1901.

<sup>38</sup>“Aniversario de la Independencia”, *EL Imparcial*, 16 de septiembre de 1901.

ceremonia; incluso en 1902, a pesar de que desde las ocho de la noche había comenzado a llover, no se suspendió ninguna de las actividades programadas<sup>39</sup>.

Pero quizás el año en que la ceremonia del grito resultó más espectacular fue en 1900, debido, en buena medida, a la vinculación establecida entre esta parte del ritual y los festejos del cumpleaños de don Porfirio. En aquella ocasión, a menos de tres meses de la ejecución de las megalómanas “Fiestas de la paz” celebradas con motivo del inicio del quinto periodo de gobierno del General Díaz<sup>40</sup>, desde primera hora de la mañana “la ciudad amaneció vestida de gala (...), ofreciendo el brillantísimo aspecto de las grandes fiestas”, con cientos de banderas mexicanas ondeando al viento y mezclándose con las de otras naciones “en fraternal abrazo”<sup>41</sup>. Según los cronistas de la jornada, el ambiente festivo se respiraba en cada esquina y se apreciaba sobre todo en la esmerada decoración que lucían tanto los edificios públicos como los privados, en los que no faltaban arreglos florales, símbolos nacionales y retratos de los padres de la patria, como el gran lienzo con la imagen de Hidalgo que decoraba la parte central de Palacio Nacional; o como el que reproducía la tríada Hidalgo-Juárez-Díaz, colocado en la fachada de la droguería Labadie<sup>42</sup>. La emoción del festejo llegó a su culminación cuando, a las once de la noche, desde el balcón de Palacio, Díaz vitoreó a los héroes y tañó “la histórica campana”, provocando “el frenesí de un pueblo amante de sus glorias, orgulloso de sus libertades”. Con la quema de los fuegos artificiales, que finalizó con uno que reproducía el busto de Díaz, se dio por terminado el acto oficial, aunque el pueblo siguió festejando toda la noche<sup>43</sup>.

En cuanto a la celebración de los sucesivos cumpleaños de don Porfirio, siguiendo la pauta de los años anteriores, esta se llevó a cabo en dos espacios y en dos tiempos distintos: la tarde del día 14, que era cuando Díaz recibía en su domicilio en Chapultepec las felicitaciones de carácter personal, y la mañana del día 15 en la que hacía lo propio, pero en Palacio Nacional y provenientes ahora de los miembros de sus gabinetes de gobierno, del Cuerpo Diplomático y de altos cargos del Ejército. Junto a esto, para la noche del día 15, el Círculo de Amigos de Porfirio Díaz se encargaba de montar una tarima en el zócalo frente a Palacio Nacional y de conseguir bandas de música para agasajar con una

---

<sup>39</sup>“El Grito”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1902.

<sup>40</sup>Campos Pérez, 2017, en prensa.

<sup>41</sup>“Las fiestas patrias”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1900.

<sup>42</sup>Pérez Rayón, 2000, pp. 141-166.

<sup>43</sup>“Las fiestas patrias”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1900.

serenata al Primer Magistrado de la nación. Las bandas, que llegaban a estar integradas por hasta noventa músicos, tocaban piezas nacionales y extranjeras hasta minutos antes de las 11, cuando se hacía el silencio que precedía “al momento supremo” del grito. Con la ejecución de esta serenata debía quedar todavía más reforzada la vinculación entre las dos celebraciones del día. Además de esto, en 1900, al hilo de esa exaltación personal de don Porfirio que llegaría a su culminación en las Fiestas de la Paz, el Círculo de Amigos de Porfirio Díaz organizó una cabalgata histórica en unos términos similares a la que se ejecutaría años más tarde con motivo de las celebraciones del Centenario. Aunque en esta ocasión la cabalgata no llegó a concretarse, los preparativos que se hicieron para la misma hasta finales de agosto muestran la visión incluyente de la historia propia de la época que habría sido representada en ella<sup>44</sup>.

Las felicitaciones a don Porfirio, igual que las que recibía en otros rituales políticos, como los festejos del 2 de abril o después de las sucesivas tomas de protesta de su cargo como Presidente, eran actos poco vistosos desde el punto de vista ritual, pero muy suculentos desde el punto de vista emocional, porque en ellos se daba cabida al comentario íntimo y a la exhibición de emociones, que al día siguiente la prensa afecta al régimen daba a conocer al gran público a través de crónicas detalladas y fotografías de los personajes y momentos más significativos. Durante estos tres años, entre quienes acudieron a felicitar a Díaz de forma personal ocuparon un lugar destacado los miembros de la Sociedad Fraternal Oaxaqueña, los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria y, por supuesto, el Círculo de Amigos de Porfirio Díaz, a cuyo nombre, su presidente, Alfredo Chavero, solía pronunciar emotivos –y con frecuencia también eruditos– discursos en los que ensalzaba las virtudes políticas y humanas de don Porfirio. Así, por ejemplo, en 1900, Chavero le señalaba a Díaz que “si la amistad es, como la define el primer Diccionario publicado en la época de Felipe IV, «benevolencia y confianza recíproca», todos los mexicanos tenemos el derecho de llamarnos amigos de usted. Si usted ha tenido siempre confianza en el pueblo mexicano (...) a su vez, este pueblo le ha dado a usted este año la mayor prueba de confianza”. A lo

---

<sup>44</sup>“Las fiestas de septiembre”, *El Imparcial*, 23 de agosto de 1900. La cabalgata iba a estar compuesta por cinco grupos: el primero alusivo a la historia prehispánica, el segundo a la Colonia, el tercero a la Independencia, el cuarto a la Reforma y el quinto a la paz y la prosperidad.

cual don Porfirio respondió que “la amistad que ustedes me prodigan es motivo de verdadera satisfacción”<sup>45</sup>.

Las felicitaciones oficiales, que tenían lugar en el Salón de Embajadores de Palacio Nacional, a pesar de su sentido más solemne, también permitían comentarios emotivos, aunque enfocados más en este contexto a subrayar el papel desempeñado por don Porfirio en los destinos de la patria. En este sentido, las alocuciones del General Reyes fueron quizás las más enfáticas. Si en 1900 el militar neoleonés advertía al principio de su discurso que “me es honroso tomar esta vez la palabra a nombre del Ejército, no para felicitaros, señor General, sino para felicitar a la nación por el aniversario de vuestro natalicio”<sup>46</sup>, dos años más tarde, en 1902, describía al General Díaz como la personificación de la patria, bajo cuyo cobijo la sociedad mexicana se sentía protegida, y más incluso en los últimos tiempos, cuando, gracias a la Segunda Reserva, “que se ha organizado a vuestro patriótico llamado” podía garantizar todavía mejor la independencia y la seguridad de la nación<sup>47</sup>.

La valoración tanto de los festejos como de lo festejado fue, para la prensa afecta al régimen, absolutamente positiva. En cuanto a los hechos celebrados, por una parte, el inicio de la insurgencia fue interpretado –de acuerdo a la recurrente metáfora biologicista– como un proceso natural, de características similares al que se producía entre los humanos, cuando, llegados a determinada edad y empujados por las inexorables leyes de la naturaleza, se emancipaban de sus padres para emprender una vida propia. Explicado de este modo el inicio de la insurgencia y sin soslayar la violencia y la ferocidad del proceso histórico, lograba crearse una versión del mismo que situaba a los españoles no como enemigos, sino como progenitores a los que la joven nación mexicana debía buena parte de su cultura, sus tradiciones y hasta su lengua; una versión que recogía en gran medida el pensamiento histórico de don Justo Sierra<sup>48</sup>. En este proceso, el papel del cura de Dolores habría sido crucial, pues habría logrado inculcar en el ánimo popular esa pasión por la libertad, que habría llevado –una vez rotas las cadenas de la opresión que lo habían tenido esclavizado hasta entonces– al nacimiento de los pueblos de México; algo que de forma

---

<sup>45</sup>“Las felicitaciones al señor General Díaz en el castillo de Chapultepec”, *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1900.

<sup>46</sup>“Las felicitaciones al señor General Díaz”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1900.

<sup>47</sup>“En el Palacio Nacional”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1902.

<sup>48</sup>Sobre el pensamiento histórico de Sierra, Brading, 2009, pp. 14-49; un ejemplo de explicación del inicio de la insurgencia en “El inicio de la gran lucha. Cómo nació la patria”, *El Imparcial*, 17 de septiembre de 1900.



alegórica quedó representado en la portada de la edición del 22 de septiembre de 1901 de *El Mundo Ilustrado* (figura 25)<sup>49</sup>.

Por otra parte, el cumpleaños de don Porfirio hacía referencia a ese otro gran momento en la vida de la nación, en el que, veinte años después de iniciada la insurgencia, había nacido aquel que estaba llamado a conducirla sabiamente y a hacer de ella ejemplo de progreso y civilización<sup>50</sup>. La relevancia de ambos momentos históricos era subrayada mediante la publicación de fragmentos de obras de eminentes intelectuales en los que se narraba algún episodio concreto, ya fuera de la Guerra de Independencia o de la biografía de Díaz. Finalmente, respecto a las sucesivas puestas en escena, a pesar de los contratiempos de diversa índole que rodearon el aniversario de 1901, estas fueron valoradas también de forma positiva, porque, más allá del esfuerzo oficial, en su opinión, lo sublime de la celebración hacía que a nadie, “incluso los impedidos como los ciegos”, “le pasara inadvertido el espíritu patrio que es lo que se celebra”<sup>51</sup>.

---

<sup>49</sup>Esta ilustración había formado parte de la decoración de la fachada de la droguería Labadie el año anterior, la descripción de los elementos alegóricos que la conforman en “Las fiestas del 15 y del 16”, *El Tiempo*, 18 de septiembre de 1900.

<sup>50</sup>“Al señor General Don Porfirio Díaz”, *La Patria*, 15 de septiembre de 1900.

<sup>51</sup>“Las fiestas patrias”, *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1901.



Figura 25: “La campana de la independencia”, *El Mundo Ilustrado*, 22 de septiembre de 1901.

El conservadurismo católico, tanto en su versión tradicionalista como en la moderada, coincidió en buena medida con las valoraciones oficiales y oficialistas respecto a las celebraciones y a lo celebrado; sin embargo, hubo algunos puntos de fricción. Uno de ellos tenía que ver con el momento histórico evocado, pues, aunque compartían la idea de que la independencia de México había sido fruto de “las leyes de la naturaleza”<sup>52</sup> y que la actuación de Hidalgo había sido fundamental en su inicio, se quejaban de que su consumidor, don Agustín de Iturbide, fuera no sólo excluido del relato histórico, sino vituperado y tratado como traidor. Asimismo, se mostraban críticos con que la versión

---

<sup>52</sup>“16 de septiembre”, *La Voz de México*, 18 de septiembre de 1900.

oficial de la historia soslayara el papel que la religión y la Iglesia habían tenido en el proceso emancipatorio, pues había sido en pos del estandarte de la Virgen de Guadalupe y no de ningún otro que el pueblo mexicano se había movilizó<sup>53</sup>. Otra de las discrepancias tenía que ver, como señalábamos más arriba, con la creencia en un nacionalismo católico que llevaría a supeditar el culto a la patria al culto católico, entendiendo que este último contendría en sí mismo al primero, de ahí que, desde su punto de vista, “el amor a la patria debe ser considerado como impuesto por el mismo Dios, que ha querido infundirlo en el corazón de todos los que verdaderamente lo aman”<sup>54</sup>.

Finalmente, una tercera discrepancia surgió en torno a los brotes de hispanofobia que aparecían con motivo de las fiestas patrias. Aunque su número fue cada vez menor, en 1900 todavía se registraron algunos incidentes como el apedreamiento de edificios cuyos dueños eran españoles, lo cual, en opinión de los católicos, resultaba vergonzoso en una nación que aspiraba al cosmopolitismo, además de que ponía en evidencia una falta de moralidad que para ellos sólo encontraba explicación en el alejamiento de la sociedad de los valores morales del cristianismo, fruto del “antinatural” laicismo practicado por el Estado<sup>55</sup>. En cuanto a la celebración del onomástico de don Porfirio, aunque en general no se hicieron comentarios tan exaltados como los de la prensa afecta al régimen, tampoco hubo valoraciones críticas o negativas. En este sentido, se limitaron a presentar la crónica de los acontecimientos, indicando, cada vez que era preciso, las ovaciones que recibía a su paso el Primer Magistrado de la nación y la vinculación que ellos percibían entre el pueblo y su líder carismático.

Por su parte, para el liberalismo doctrinario, tanto en su versión moderada como en la exaltada, lo único que había que celebrar en esos días era el aniversario de la Independencia, lo demás no eran más que muestras de la obsesión adulatoria de los que se decían amigos del General Díaz. Por eso, prácticamente eliminaron cualquier comentario no sólo sobre las celebraciones del onomástico, sino también sobre la puesta en escena de los festejos oficiales, concentrándose únicamente en la rememoración del episodio

---

<sup>53</sup>“16 de septiembre. 1810-1900”, *El País*, 16 de septiembre de 1900.

<sup>54</sup>“Patria”, *El País*, 16 de septiembre de 1902.

<sup>55</sup>“Las fiestas del 15 y 16 de septiembre”, *El Tiempo*, 18 de septiembre de 1900.

histórico<sup>56</sup>. Respecto a su interpretación del mismo, siguiendo la tradición liberal decimonónica, este fue presentado como la lucha de los buenos mexicanos contra la opresión de los perversos españoles, quienes, sirviéndose de la religión, habían logrado fanatizar a los naturales y despojarlos de sus derechos y libertades. Por eso, fue necesaria la acción redentora del héroe Miguel Hidalgo que inició “la tremenda revolución” que concluiría con la proclamación de la Independencia.

Pero la consecución de la independencia no supuso, en su opinión, la verdadera emancipación del pueblo mexicano. Para ello se requería su liberación mental e intelectual, algo que sólo se logró –como advertían cada 5 de febrero– gracias a la Constitución de 1857 y a las Leyes de Reforma; dos textos fundamentales que en el momento presente, desde su punto de vista, estaban “cubiertos por un velo tenebroso”<sup>57</sup>. El legado de los héroes de la patria se encontraba, por tanto, puesto en entredicho debido a la mala gestión política de los últimos tiempos. Sin embargo, como advertía uno de los redactores de *Regeneración* recordar la efeméride del día en 1901, esto no continuaría así por mucho tiempo, pues entonces (como parecía indicar que implícitamente estaba empezando a ocurrir ahora), “la tiranía más ruda y feroz tiene que someterse a la voluntad del pueblo, porque el pueblo es el soberano. Y cuando los tiranos se oponen a que el pueblo haga su voluntad (...) los cetros son destrozados (...), irguiéndose sobre las regias ruinas y las quebrantadas cadenas, la libertad, que es la aspiración suprema de las democracias”<sup>58</sup>.

## **7. 2 La nación mexicana a través de su reconocimiento internacional (1903-1907)**

Con la salida del General Reyes de la Secretaría de Guerra, las grandes demostraciones militares de los años precedentes desaparecieron; sin embargo, esto no significó que esta institución dejara de tener un papel relevante en los rituales de esos días. Como correspondía a las naciones modernas, los soldados, ahora “amaestrados para las festividades de gran parada”<sup>59</sup> más que para la guerra, siguieron marchando en

---

<sup>56</sup>En el caso de *Diario del Hogar* al solapamiento de las fiestas porfiristas contribuyó el hecho de que el periódico había sido fundado el 16 de septiembre de 1881, con lo cual ellos se dedicaban a festejar su efeméride propia.

<sup>57</sup>“Palique”, *Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1900.

<sup>58</sup>“16 de septiembre de 1810”, *Regeneración*, 15 de septiembre de 1901.

<sup>59</sup>“Celebración de la Independencia”, *Diario del Hogar*, 19 de septiembre de 1905.

monumentales desfiles que permitían mostrar el “deslumbrante aparato militar”<sup>60</sup> con el que contaba la nación, más allá de que su funcionamiento interno dejara bastante que desear<sup>61</sup>. Sin embargo, a partir de estos años, el Ejército tuvo que compartir su lugar protagónico con otra cuestión que resultaba igualmente crucial para el México de aquellos años: su reconocimiento como nación moderna y civilizada por parte de la comunidad internacional; un reconocimiento que se percibía como parte fundamental de la definición del México moderno y cuya definitiva consolidación también se atribuía al General Díaz<sup>62</sup>; de ahí que al mismo tiempo que se vindicaba la valoración de la imagen internacional de México, se engrandecía también la de su principal hacedor.

Varios fueron los sucesos que tuvieron lugar durante de los festejos patrios del 15 y del 16 de septiembre de este periodo que favorecieron el cultivo del reconocimiento internacional de México. Uno de los primeros y más significativos tuvo lugar en 1904 y provino de la legación alemana en México, uno de los países que, junto a Francia, Reino Unido, Estados Unidos y España, buscaba ampliar su espacio económico en la región<sup>63</sup>. La actuación de Alemania a este respecto consistió en la entrega de un retrato del káiser Guillermo II a don Porfirio con motivo de su cumpleaños y “como respuesta al retrato enviado por Díaz al káiser, a requerimiento de este, que manifestó su deseo de incluirlo en su galería privada de hombres notables del mundo”. El cuadro, de gran formato y que ese mismo día fue instalado en Palacio Nacional, en el salón donde doña Carmelita iba recibiendo a los invitados que asistirían horas más tarde a la ceremonia del grito (figura 26), fue entregado por el ministro alemán, quien, en el discurso que pronunció con tal motivo, señaló que las simpatías entre Díaz y el káiser “se fundaban en una conformidad de miras respecto a las tareas y deberes que incumben a los que tienen a su cargo vigilar el destino de los pueblos”, y que, a medida que iban pasando los años, mayor era el número de ideas y de acciones que compartían ambos mandatarios. Díaz respondió agradeciendo efusivamente el regalo “por lo que representa y por la significación que le da su envío” y señalando a su interlocutor que “México (...) se va convirtiendo en una nación trabajadora y tiene como gran modelo en este punto a la muy ilustrada y laboriosa Alemania”. Este año, a pesar de la

---

<sup>60</sup>“16 de septiembre”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1905.

<sup>61</sup>Hernández Chávez, 1987, pp. 257-296.

<sup>62</sup>Tenorio Trillo, 1998, pp. 89-102.

<sup>63</sup>Bernecker, 2005, pp. 65-78.

emotividad que puso en su discurso de felicitación el embajador de Estados Unidos, Powell Clayton, este quedó eclipsado por la suntuosidad del manto imperial alemán<sup>64</sup>.



Figura 26: reproducción del cuadro “S. M. Guillermo II, emperador de Alemania” instalado en Palacio Nacional, *El Mundo Ilustrado*, 25 de septiembre de 1904.

Sin embargo, en los años siguientes Estados Unidos volvió a recuperar su posición simbólicamente hegemónica al lado de México y a presentarse como el principal valedor de la imagen internacional del país. En 1905, fue un telegrama enviado por Roosevelt pocos días antes de las fiestas patrias lo que sirvió para demostrar la alta consideración que México, pero sobre todo su Presidente tenían en el ámbito internacional, donde “su nombre

---

<sup>64</sup>La crónica de la jornada y todas las citas en “Las felicitaciones al señor Presidente”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1904. En su discurso de felicitación Powell Clayton incluyó frases como “hoy todo es júbilo en México por ser vuestro santo, mañana el pueblo mexicano celebra la Independencia, que nadie, ni entre los vivos ni entre los muertos, ha logrado afirmar con tanto tesón como Vucencia”.

[el de Díaz] era pronunciado como el de uno de los patricios más esclarecidos”<sup>65</sup>. Al año siguiente, fue el rumor lanzado desde algunos periódicos estadounidenses de posibles ataques a las colonias extranjeras con motivo de las fiestas patrias lo que permitió que México mostrara al resto de mundo el elevado grado de civilización del que gozaba el pueblo mexicano. En aquella ocasión, como advertía con evidente satisfacción uno de los editorialistas de *El Imparcial*, los festejos patrios transcurrieron sin que se registrara el menor incidente, lo cual evidenciaba, por una parte, “la extraordinaria cordura de que han dado ejemplo las multitudes”, y por otra, “la clara, contundente identificación del pueblo [mexicano] con su gobierno, el ejemplo más palpable de su unión con la distinguida personalidad que encarna la política nacional”<sup>66</sup>. Un año más tarde, en 1907, la invitación al Cuerpo Diplomático a que asistiera al acto cívico-militar en Chapultepec acompañando a don Porfirio acabó de confirmar simbólicamente la inclusión de México en el orbe de las naciones civilizadas<sup>67</sup>.

Esta procuración de reconocimiento internacional estaba –como acabamos de ver– estrechamente ligada con la figura de Díaz, cuya imagen parecía haberse convertido en la mejor tarjeta de visita de México de cara a la comunidad internacional. Pero el cultivo de esta imagen externa requería asimismo una contraparte interna, y para ello resultaron de gran utilidad, como venía ocurriendo en los últimos tiempos, los discursos pronunciados con motivo de los sucesivos cumpleaños de Díaz, pues a través de ellos, además de exaltar las virtudes humanas y políticas de don Porfirio, se insistía en la relación simbiótica existente entre el líder y las masas, reforzando de este modo con palabras lo que quedaba representado visualmente en el ritual. A abonar esta imagen también contribuyó el hecho de que, a partir de 1904, comenzaron a tomar parte en las felicitaciones personales ciudadanos menesterosos de origen oaxaqueño, que acudían ante la presencia del máximo mandatario, en ocasiones cubiertos con harapos o descalzos, y que eran recibidos por este con la misma afabilidad con la que recibía a sus demás “amigos”, estrechando sus manos y abrazando a las mujeres, pero además, auxiliándoles con alguna cantidad de dinero en metálico; todo lo

---

<sup>65</sup>“Porfirio Díaz”, *La Patria*, 15 de septiembre de 1905.

<sup>66</sup>“El pueblo mexicano. 15-16 de septiembre de 1906”, *El Imparcial*, 18 de septiembre de 1906.

<sup>67</sup>“El aniversario de la Independencia”, *El Imparcial*, 17 de septiembre de 1907.

cual, como apuntaba la prensa afecta al régimen, hablaba muy alto de la calidad moral de don Porfirio y mostraba su vinculación directa con el pueblo al que gobernaba<sup>68</sup>.

Entre los discursos de felicitación, aunque ninguno de ellos dejó de ser enfático, hubo algunos que probablemente contribuyeron de forma más directa al blindaje de la imagen carismática de don Porfirio. El pronunciado por el Licenciado Chavero a nombre del Círculo Nacional Porfirista con motivo del septuagésimo tercer cumpleaños del General Díaz, una vez iniciada la campaña electoral para los comicios de 1904, podría ser un buen ejemplo de ello. En aquella ocasión, don Alfredo, abundando en el lema de los científicos de “poca política y mucha administración” explicó la forma en que don Porfirio, a partir de sus sucesivos mandatos, había logrado unir a todos los mexicanos, primero a las distintas familias liberales y, poco después, a “todos los hombres de buena voluntad”, formando “el partido nacional con un solo jefe: usted” y afianzando con ello la República. Por eso – señalaba– como “los pueblos son agradecidos y además siempre buscan su bien, [y] como el pueblo mexicano ha recibido grandes beneficios del gobierno de usted”, le pide encarecidamente que “continúe en la presidencia de la República”, porque sólo él sería capaz de satisfacer sus necesidades y demandas<sup>69</sup>.

Dos años más tarde, Juan A Mateos, a nombre del recientemente creado Partido Nacionalista, formulaba una valoración encomiástica sobre el General Díaz en términos parecidos. En su alocución, Mateos comenzaba diciendo que él no venía “solamente a felicitar al Primer Magistrado de la nación, sino al pueblo de la república, por la vitalidad de su gobernante”. Porque, “con la espada bajo el brazo y la flama en el cerebro”, Díaz había “traspuesto las altas cumbres de la grandeza humana” y se había convertido en objeto de adoración y veneración de un pueblo “cuya voluntad soberana ha arrojado vuestro nombre en las urnas del plebiscito”; en objeto de aclamación “de un ejército siempre disciplinado”; y en sujeto de respeto de las “naciones civilizadas del mundo”. Por eso, concluía el diputado, “vuestro espíritu flotará siempre sobre el haz del territorio mexicano, como flota el espíritu de (...) Napoleón I sobre los ejércitos de Francia”, y por eso mismo también “no hay que extrañar que hoy se arroje aquí un pueblo con los ojos preñados de lágrimas y las palpitations en el corazón a estrechar cariñosamente vuestras manos”<sup>70</sup>.

---

<sup>68</sup>“Primeras felicitaciones al señor General Díaz”, *El Imparcial* 15 de septiembre de 1907.

<sup>69</sup>“Felicitaciones al señor General Díaz”, *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1903.

<sup>70</sup>“Felicitaciones al señor General Díaz”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1905.



La prensa afecta al régimen, además de reproducir buena parte de estos discursos, publicó numerosos editoriales que abundaban en las mismas ideas y que, aprovechando la efeméride histórica, procuraban el establecimiento de paralelismos históricos entre el cura de Dolores y don Porfirio, pues, en su opinión, ambos, renunciando a la tranquilidad propia de la vejez, habían decidido entregar los últimos años de su vida a la nación para garantizar su libertad, su independencia y su progreso. Así, por ejemplo, en 1904, uno de los editorialistas de *El Imparcial*, después de exponer que don Porfirio había sido el continuador y consolidador tanto de la primera como de la segunda Independencia de México (de 1810 y 1857 respectivamente), señalaba que “a esta grandeza tenía que aumentar otras muchas grandezas, y a esa gloria muchas otras glorias”; entre ellas: “la pacificación, que se consideraba imposible, la extinción de la anarquía, que se reputaba quimérica, la del crédito, que parecía absurda, y la creación, el fomento y la difusión de la riqueza pública, que fueron un ensueño”<sup>71</sup>. Dos años más tarde, otro editorialista, este de *La Patria* señalaba que todo lo que México poseía en el presente, “crédito, estimación, renombre entre las naciones cultas”, “lo hemos conquistado gracias a la tarea incansable del General Díaz”, que –cual Napoleón oaxaqueño, como mostraba un dibujo realizado con motivo de otro de sus cumpleaños (figura 27)<sup>72</sup>– “desde su gabinete de trabajo dirige con singular acierto la complicada máquina en que se elaboran nuestros destinos”<sup>73</sup>.

---

<sup>71</sup>“Porfirio Díaz”, *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1904.

<sup>72</sup>Recuérdese el cuadro pintado por Jacques Luis David, “El emperador en su estudio en las Tullerías”, cuya composición iconográfica ya había sido empleada con anterioridad en la pintura mexicana de historia, por ejemplo, en el retrato de Hidalgo de Tiburcio Sánchez de 1875.

<sup>73</sup>“El General Porfirio Díaz”, *La Patria*, 15 de septiembre de 1906.



Figura 27: “El señor General Porfirio Díaz en su gabinete de trabajo”, *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1905.

Pero, además de en palabras, esta valoración de la nación mexicana y de su máximo mandatario a través de los sucesivos festejos del 15 y 16 de septiembre estuvo también presente en las puestas en escena de los mismos, para lo cual, en buena medida se siguió el guion establecido en los años precedentes, aunque con la implementación de pequeñas variaciones. Así pues, como era habitual, en la tarde del día 14 se llevaban a cabo las felicitaciones particulares a don Porfirio, en las que, como señalábamos más arriba, a medida que pasaban los años, fue ganando mayor relevancia la presencia de “la clase humilde”. La mañana del 15 se dedicaba a las felicitaciones oficiales, que a partir de 1905 incluyeron la presencia de nuevos grupos, como los alumnos del recién creado Colegio Militar; y ya desde primera horas de la tarde comenzaban las diversiones públicas en las distintas plazas y plazuelas de la ciudad, que permitían –en opinión de la prensa afecta al régimen– además de ofrecer honrado esparcimiento para el pueblo, la posibilidad de que este recibiera de manera lúdica esas tan necesarias lecciones de civismo<sup>74</sup>.

---

<sup>74</sup>“Utilidad de las fiestas patrióticas”, *El Imparcial*, 9 de septiembre de 1907.

Durante las primeras horas de la noche daba inicio la serenata en honor a don Porfirio patrocinada por el Círculo de Amigos, que en algunos de estos años contó con la destacada presencia de Jaime Nunó, quien se desplazó ex profeso desde Buffalo para dirigir el Himno Nacional que él mismo había compuesto. Asimismo, a esas horas también tenían lugar las habituales manifestaciones de obreros y de sociedades mutualistas que llegaban ala plaza de la Constitución minutos antes de la ceremonia del grito. Esta, como siempre, tenía lugar a las once en punto de la noche y al concluir, a partir de 1906, además de ser contestada con el repique a vuelo de las campanas de todos los templos de la ciudad y con la quema de fuegos artificiales, recibió también el sonido de los silbatos de las locomotoras y de las fábricas ubicadas en las proximidades, que, con este gesto, se sumaban al jolgorio auditivo de aquellos momentos de frenesí nacional<sup>75</sup>, y sancionaban, quizás, de esta manera lo que ciertos sectores de la prensa obrera pensaban: que la conducta de Díaz “con los hijos del trabajo” había conquistado “su afecto y adhesión”<sup>76</sup>.

El día 16, sin incidentes destacables en estos años, se verificó la ceremonia cívico-militar, que en 1903 tuvo lugar en el Parque Porfirio Díaz y a partir del año siguiente en la glorieta monumental del Chapultepec, cuya escenografía era preparada año con año de forma más monumental y efectista, como ponen de manifiesto las múltiples fotografías publicadas en la prensa ilustrada de aquellos días<sup>77</sup>. Asimismo, los traslados de don Porfirio y la comitiva presidencial entre Palacio Nacional y Chapultepec se convirtieron en verdaderos espectáculos, pues las calles por donde pasaban los carruajes estaban atestadas de ciudadanos y foráneos, que—impresionando “a los que por primera vez lo veían”<sup>78</sup>—lanzaban vivas y ovaciones al Primer Magistrado de la nación, además de confeti y flores desde los balcones de algunos edificios. Su llegada a la tribuna de honor, siempre antecedida por los acordes del Himno Nacional, preparaba al público para la escenificación que iba a tener lugar. Esta consistió, como era habitual, en la lectura del Acta de la Independencia, en la declamación de discursos y poesías patrióticas y en la entrega de condecoraciones militares; e incluyó como novedad la presencia de coros que entonaron el “Himno a la paz”, pieza musical compuesta por Nunó y con letra de Juan de Dios Peza, que

---

<sup>75</sup>“Las fiestas patrias”, *El Tiempo*, 18 de septiembre de 1906.

<sup>76</sup>“El señor General Díaz”, *Convención radical obrera*, 13 de septiembre de 1903.

<sup>77</sup>Véase al respecto, por ejemplo, las ediciones del 24 de septiembre de 1905 de *El Mundo Ilustrado* o del 22 de septiembre de 1906 de *El Tiempo Ilustrado*.

<sup>78</sup>“Notas y comentarios”, *El Tiempo*, 19 de septiembre de 1905.

en 1905 fue interpretado por quinientas niñas, alumnas de escuelas nacionales, y en 1907 por el Orfeón Popular, formado por empleados de casas comerciales y por obreros<sup>79</sup>. La música, igual que otros sonidos, parecía estar llamada a ocupar un lugar destacado en las celebraciones patrias.

Una vez concluido el acto cívico y tras el nuevo traslado del General Díaz a Palacio Nacional, daba inicio el desfile de la columna de honor por las calles principales de la ciudad, cuya duración osciló a lo largo de estos años entre una hora y media y dos horas y media. Junto a los Rurales, los cadetes de la Escuela de Aspirantes y del Colegio Militar, así como los de la Escuela Naval fueron, según los cronistas de la jornada, los más aplaudidos. Pero además del Ejército, en estos desfiles también comenzaron a ocupar un lugar propio otros cuerpos del Estado encargados de mantener el orden, aunque en este caso higiénico y de salubridad, lo cual resultaba muy acorde con ciertos planteamientos regeneracionistas de la época<sup>80</sup>. Así pues, si en 1905, al final de las tropas militares se presentó una larga fila de carros –igualmente adornados con los símbolos patrios– con instrumentos de limpieza, destinados a dejar impolutas de nuevo las calles de la ciudad; dos años más tarde, quienes cerraban el desfile fueron las nuevas ambulancias, que permitirían dar una asistencia médica más expedita a aquellos que lo requiriesen<sup>81</sup>.

La percepción que tuvieron los católicos de los festejos fue en general positiva, aunque persistieron las mismas discrepancias que habían manifestado en años anteriores. Respecto a la puesta en escena de la celebración, la principal queja se centró en la incapacidad del Gobierno –a pesar de la implementación de ciertas medidas, como la prohibición de venta de alcohol durante los días 15 y 16– para contener las manifestaciones de hispanofobia de ciertos segmentos de ese “pueblo bajo”, que “no prescinde de sus groseros hábitos de barbarie, lanzando gritos ofensivos, profiriendo mueras y entregándose a otro género de expansiones y desahogos, como lanzar piedras sobre determinadas casas comerciales”<sup>82</sup>. En cuanto al episodio histórico recordado y aquello que se festejaba, es decir, la nación, además de seguir reclamando la inclusión de Iturbide en el relato histórico

---

<sup>79</sup>“Fiestas patrias” y “El aniversario de la Independencia”, *El Imparcial*, 17 de septiembre de 1905 y 1907 respectivamente.

<sup>80</sup>Agostoni, 2003, pp. 60-70.

<sup>81</sup>“Fiestas patrias” y “El aniversario de la Independencia”, *El Imparcial*, 17 de septiembre de 1905 y 1907 respectivamente.

<sup>82</sup>“Notas y comentarios”, *El Tiempo*, 19 de septiembre de 1905.

oficial, insistieron en la imposibilidad de disociar la idea de México como nación de la profesión de la fe católica, pues la negación de la fe “acabará por matar al patriotismo”, porque “los pueblos, que han de ser patriotas, no con la patriotería insensata que degenera en ridículo fanatismo, sino con verdadero patriotismo (...) necesitan de la verdadera moral” y esa, en su opinión, sólo podía proporcionarla la religión<sup>83</sup>.

El liberalismo doctrinario, por su parte, incrementó su distanciamiento respecto a las celebraciones oficiales, pues en ellas no veían más que el oportunismo y el deseo de adulación de los que ellos llamaban “los amigos del pan grande”. Por eso, instaban a la ciudadanía a que, “sin esperar a que las autoridades tomen la iniciativa” se agruparan de forma privada para “solemnizar tan fausto acontecimiento”<sup>84</sup>. En cuanto a su visión del acontecimiento histórico conmemorado, aunque eventualmente aparecieron algunos comentarios respecto a “la obra de odio y de destrucción”<sup>85</sup> emprendida por España durante la conquista, en general hubo mayor interés en exaltar la figura de Hidalgo como el héroe que simbolizaba la libertad y que, por lo tanto, era aclamado jubilosamente por el pueblo. Esta imagen les servía para contraponerla con la del Primer Magistrado de la nación, cuyo ascendente provenía, en su opinión, de la coerción y de la adulación, como dejó representado uno de los dibujantes de *El Ahuizote Jacobino* (figura 28).

---

<sup>83</sup>“El amor de la patria”, *El País*, 16 de septiembre de 1906.

<sup>84</sup>“Aniversario de la Independencia”, *Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1905.

<sup>85</sup>“La fecha de hoy”, *Diario del Hogar*, 16 de septiembre de 1903

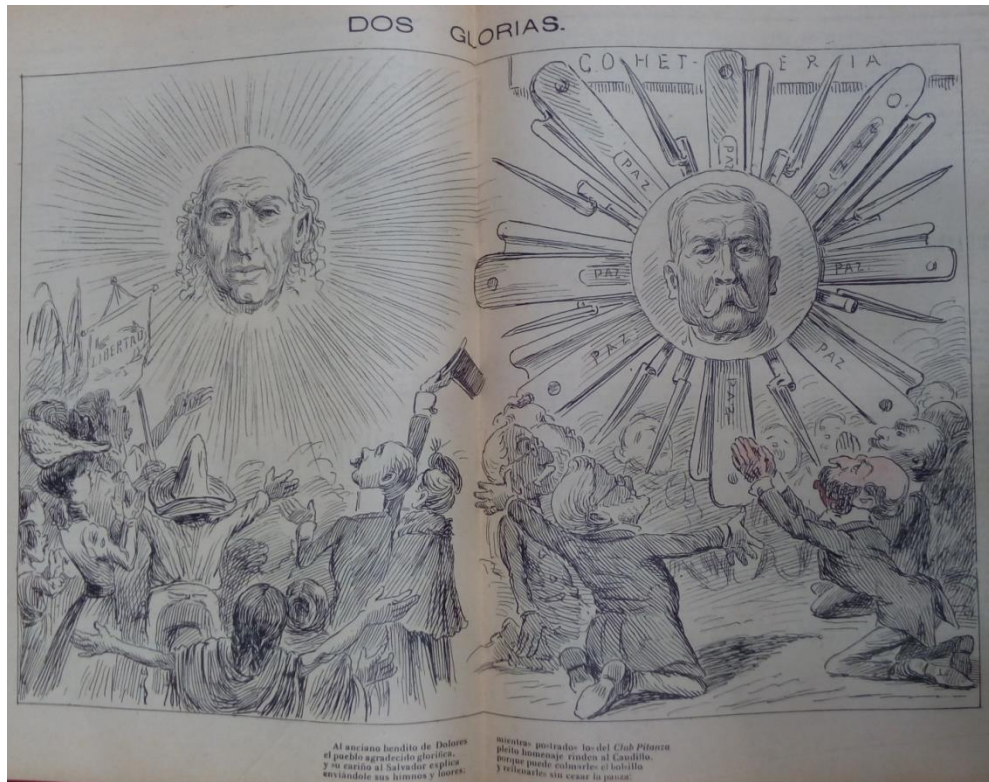


Figura 28: “Dos glorias”, *El Ahuizote Jacobino*, septiembre de 1905.

Finalmente, su idea de nación no quedaba de ningún modo representada ni en los festejos ni en los discursos oficiales, pues “la grandeza de las naciones –afirmaba un editorialista de *El Colmillo Público*– no se mide por el número de ferrocarriles que crucen el territorio ni por el número de fábricas (...), sino por la dignidad de sus ciudadanos (...) [y] para que pueda haber ciudadanos dignos es forzoso que se viva en una atmósfera de libertad”<sup>86</sup>; algo que, en su opinión, era evidente que el gobierno del General Díaz no estaba dispuesto a propiciar. Por eso, los que abogaban por posturas más radicales consideraban que la “masa indiferente” debía de abandonar su habitual inanidad y tomar medidas efectivas para conseguir esa libertad, porque “no podemos celebrar las glorias de la patria, mientras no demostremos que somos dignos de los sacrificios de nuestros héroes”<sup>87</sup>.

### 7. 3 La nación mexicana a través de Porfirio Díaz (1908-1909)

<sup>86</sup>“El porvenir de la patria”, *El Colmillo Público*, 25 de septiembre de 1904.

<sup>87</sup>“16 de septiembre de 1810”, *Regeneración*, 16 de septiembre de 1905.

La entrevista que Porfirio Díaz mantuvo con el periodista estadounidense Creelman, publicada en la primavera de 1908, tuvo importantes repercusiones en distintos ámbitos de la vida política y económica de México, e impactó asimismo de forma directa en los festejos del 15 y 16 de septiembre. Además de muchas otras cosas, en esta extensa entrevista, el General Díaz señaló, por una parte, que México ya estaba preparado para la implementación de un sistema de gobierno democrático con todo lo que ello significaba (alternancia política, sufragio efectivo, etc.), y, por otra, que él estaba pensando en retirarse de la vida política y no iba a presentar su candidatura para las siguientes elecciones que se celebrarían en 1910<sup>88</sup>. El anuncio de una posible retirada de don Porfirio de la actividad política debió de causar gran contrariedad a aquellos que se habían dedicado con fruición a cultivar el carisma de su líder, haciendo de él la encarnación viva de la nación mexicana. De modo que, a partir entonces, comenzaron a enfocar sus esfuerzos en demostrar no sólo la absoluta necesidad, sino la absoluta justicia que representaba que el General Díaz permaneciera al frente de los destinos del país. Y para ello, qué mejor que los festejos en los que se celebraba de forma conjunta el aniversario Díaz y el de la nación.

En este sentido, las celebraciones de los días 15 y 16 parecieron tener como objetivo fundamental en estos dos años, por una parte, demostrar que la permanencia de Díaz al frente del gobierno había sido fruto de la voluntad de toda la ciudadanía, y que, por lo tanto, se habían respetado entonces los procedimientos democráticos; y por otra, insistir en la idea expuesta desde años antes de que la mejor, si es que no la única encarnación posible del México moderno se encontraba en la imagen de ese anciano venerable, atento y siempre preocupado por los suyos que era Porfirio Díaz. El hecho histórico rememorado quedó, por lo tanto, relegado a un segundo lugar, o solamente incluido en los festejos cuando servía para explicar o legitimar algún argumento presentista; lo cual no pasó inadvertido al siempre crítico liberalismo doctrinario, que en más de una ocasión denunció que los oradores de la ceremonia cívica pronunciaran discursos enfocados en exaltar las glorias del héroe del 2 de abril, olvidando que “la fiesta de la Independencia es distinta que aquel hecho de armas glorioso”<sup>89</sup>.

La demostración de que la permanencia de Díaz en el gobierno había sido fruto de la voluntad de las mayorías, y que iba incluso más allá de la elección plebiscitaria, porque

---

<sup>88</sup>Tenorio Trillo, 2008, 117-128.

<sup>89</sup>“El pueblo mexicano celebra dignamente su Independencia”, *Diario del Hogar*, 18 de septiembre de 1908.

en esa voluntad quedaban contemplados segmentos de la sociedad que no tenían derecho al voto, como las mujeres o los niños, pero que igualmente aclamaban con veneración a Díaz<sup>90</sup>, quedó representada tanto en los discursos como en la puesta en escena del ritual. Desde el punto de vista discursivo, si en 1908, Juan A Mateos, desde la tribuna de honor de Chapultepec señalaba que “con razón, cuando el General Díaz dijo a un escritor americano que no quería continuar en el poder, la nación entera (...) ha protestado”<sup>91</sup>; un año más tarde, en el mismo escenario, Esteva Ruiz aseguraba que el recuerdo de las grandes glorias de la patria, aunque era necesario, no era suficiente, porque la nación requería de una esperanza en el porvenir y eso era algo que se encontraba cifrado únicamente “en las manos del gran hombre que la ha pacificado y la ha construido”<sup>92</sup>. Asimismo, el propio Díaz también refrendó este planteamiento en algunas de sus intervenciones, como cuando, al responder al Ministro belga por su felicitación de cumpleaños a nombre del Cuerpo Diplomático, le dijo que esa felicitación “más que lisonjera para mí, es altamente satisfactoria para el pueblo mexicano, porque acredita la consideración con que es visto el que, merced a la elección del mismo pueblo, representa ante vosotros a esta República”<sup>93</sup>.

La prensa afecta al régimen insistió en estas mismas ideas, haciendo especial hincapié en subrayar la identificación entre Díaz, el pueblo y la nación. Así, por ejemplo, el 15 de septiembre de 1908, uno de los editorialistas de *La Patria*, después de consignar que “hoy se desborda de regocijo el amor y el orgullo del pueblo mexicano recordando su emancipación política” y que, gracias a la actuación de don Porfirio, este recuerdo podía solemnizarse en un ambiente marcado por la paz y el progreso, apuntaba que en el General Díaz se había llegado a “realizar la verdadera encarnación del hombre-pueblo, orgullo y admiración de propios y extraños”<sup>94</sup>. Ese mismo año, otro editorialista, este de *El Imparcial*, aseguraba que “el programa del General Díaz [era] a favor del pueblo y, por eso,

---

<sup>90</sup>El 15 de septiembre de 1909, en un editorial titulado “El señor General Porfirio Díaz”, *El Imparcial* señalaba que “el mandato del General Díaz es algo más que una conquista alcanzada en las lides de la democracia, a los comicios no acuden todas las voluntades ni todos los sentimientos; la ley señala aptitudes que la voluntad y el amor no conocen: el General Díaz es elegido por un acto de afectos nacionales”.

<sup>91</sup>“Brillantísima ceremonia cívica en la tribuna monumental de Chapultepec”, *El Imparcial*, 17 de septiembre de 1908.

<sup>92</sup>“La ceremonia en Chapultepec”, *El Imparcial*, 17 de septiembre de 1909.

<sup>93</sup>“Las ceremonias de ayer en Palacio Nacional”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1908.

<sup>94</sup>“Las fiestas de la patria: 1810-1830-1908”, *La Patria*, 15 de septiembre de 1908.



al formar a ese pueblo, ha creado a la nación, porque una nación no vale, en suma, sino lo que valen los ciudadanos que la constituyen”<sup>95</sup>.

Desde el punto de vista ritual, la demostración de que el gobierno de Díaz era un gobierno incluyente, sustentado en la voluntad de todas las clases sociales y respaldado por la comunidad internacional se logró mediante la apertura o el refrendo de espacios a esos distintos grupos en ciertas partes de los festejos, sobre todo en el momento de las felicitaciones (tanto particulares como oficiales) que a lo largo de estos dos años se extendió por un periodo de tiempo cada vez más prolongado. Además de los ya habituales menesterosos oaxaqueños, cuyo número ascendió a más de 500 en 1908 y a los que don Porfirio siguió recibiendo con muestras de afecto y ayudas económicas, se unieron grupos de comerciantes, de obreros y de estudiantes. A esto habría que añadir las multitudes que lo aclamaban en los itinerarios que recorría en su lujoso landó para presidir los distintos actos de los festejos, así como la presencia del Ejército, cuyos desfiles llegaron a movilizar en 1909 a 15.000 elementos, que durante poco más de tres horas recorrieron las calles principales de la capital.

La participación del gremio de comerciantes se llevó a cabo siguiendo una iniciativa que ya había tenido precedentes en años anteriores<sup>96</sup>: mediante la entrega de un álbum que recogía “millares de firmas autógrafas de comerciantes de toda la República” precedidas de una declaración expresa de adhesión al General Díaz, así como de una manifestación de agradecimiento por las medidas tomadas en favor del engrandecimiento de este gremio<sup>97</sup>. Los obreros, por su parte, además de seguir marchando en manifestaciones cívicas la noche del día 15, fueron representados en el ritual de felicitación oficial por un grupo de ellos, que, encabezado por Romo Vivar, se dirigió al Presidente “renovándole los votos que todos los obreros del Distrito Federal (...) hacían por la felicidad del señor General Díaz y por su larga vida, que habría de redundar únicamente en el bien de la República”<sup>98</sup>.

Finalmente, la participación de los estudiantes resultó la más controvertida, pues, según la prensa de oposición liberal, cuando en 1908 representantes de dicho grupo

---

<sup>95</sup>“La manifestación en honor del señor General don Porfirio Díaz” *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1908.

<sup>96</sup>En 1907, el doctor William F. Maas había entregado a Díaz, a título personal, un álbum con 18.000 firmas de adhesión al presidente que él mismo se había encargado de recopilar en once meses de viaje por todo el país, “El onomástico del señor General Díaz”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1907.

<sup>97</sup>“Cariñosas felicitaciones al señor Presidente”, *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1909.

<sup>98</sup>“Las Secretarías de Estado, autoridades del Distrito, el Congreso, el Cuerpo Diplomático y los obreros felicitaron al señor General Díaz”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1909.

acudieron ante Díaz para expresarle su deseo de llevar a cabo una manifestación la tarde del día 16 para solemnizar los festejos patrios, este se mostró reticente, aunque no prohibió que la manifestación se verificase. Esta, que según *Diario del Hogar* reunió a unos 3.000 estudiantes, fue muy aplaudida por los espectadores que la vieron pasar, además de resultar muy enfática y patriótica en sus discursos. Sin embargo, a su llegada al zócalo, donde se preparaban para la declamación de nuevos discursos, fue obligada a dispersarse por un grupo de gendarmes; algo que, en opinión de este diario, suponía todo un “atentado contra la libertad”, precisamente “en el día memorable de la Independencia”<sup>99</sup>.

La valoración de los católicos ante este giro dado a los festejos de los días 15 y 16 fue bastante neutra. Además de seguir insistiendo en sus tópicos habituales, como la necesidad de incluir a Iturbide dentro del relato de la historia oficial o la importancia de interpretar la Independencia como “un gran bien que Dios concede a los pueblos”<sup>100</sup>, no adoptaron una postura política definida y se limitaron a proporcionar una crónica de los hechos de aquellos días, insistiendo, como también era en ellos habitual, en su crítica a “la gritería bárbara de algunas agrupaciones de analfabetas que año por año aplican la embriaguez del día a gritar «mueras» o «vivas» que se disputan la inconsciencia”<sup>101</sup>. Aunque, igual que otras agrupaciones, los católicos también habían comenzado a distanciarse del General Díaz<sup>102</sup>, de momento, la presencia de este como garantía de orden y de obediencia parecía resultarles todavía útil.

La valoración del liberalismo doctrinario fue, como cabía esperar, crítica. Igual que el resto de los actores políticos, prestaron poca atención al episodio histórico conmemorado y se centraron en glosar la actuación gubernamental, sobre todo en aquellos casos donde, en su opinión, se habían vulnerado o soslayado derechos de la ciudadanía, como en la manifestación de estudiantes de 1908. Pero cuando esta vulneración llegó para ellos ya a un nivel inadmisibile fue en 1909 en Monterrey, donde, debido al temor a una revuelta armada por parte de los reyistas, el General Treviño, entonces a cargo de esa zona militar, siguiendo indicaciones de don Porfirio, rodeó la ciudad de un numeroso Ejército durante la

---

<sup>99</sup>“La manifestación de los estudiantes”, *Diario del Hogar*, 18 de septiembre de 1908; la prensa oficialista no menciona esta manifestación estudiantil, mientras que la católica sí lo hace y además en términos positivos, “En la conmemoración de la Independencia nacional”, *El Tiempo*, 18 de septiembre de 1908.

<sup>100</sup>“El XCVIII aniversario de la Independencia”, *El Tiempo*, 16 de septiembre de 1908.

<sup>101</sup>“Celebración de las fiestas patrias”, *La Voz de México*, 17 de septiembre de 1909.

<sup>102</sup>Ceballos Ramírez, 1991, pp. 279-309.

ceremonia del grito. Esta, que estaba encabezada por Bernardo Reyes, resultó deslucida e incluso amenazadora, pues cuando el general neoleonés se dispuso a dar el grito, este fue ahogado por mueras lanzados contra él y vivas a Treviño. Esta injerencia del Gobierno federal en los asuntos estatales y la forma en la que se había producido sólo podía ser interpretada, en opinión de la oposición liberal, como un atropello en toda regla al “federalismo, que fue engullido por un centralismo omnímodo”<sup>103</sup> y como una demostración “del pánico que reina en las esferas oficiales, [pues] por primera vez (...) se ha recurrido a medios inusitados y represivos contra las manifestaciones populares de regocijo de un pueblo”<sup>104</sup>. El distanciamiento político y emocional de esta facción del liberalismo respecto a Díaz y a su gobierno pareció entrar a partir de entonces en una desafección irreversible.

#### **7.4 La nación mexicana a través de su Centenario**

Las celebraciones del Centenario parecieron tener como objetivo –desde el enfoque que guía esta investigación<sup>105</sup>– llevar a su culminación la construcción de la imagen cesarista del gobierno porfiriano, así como el establecimiento de una suerte de rutinización del carisma de don Porfirio, que permitiría el mantenimiento del régimen, una vez que el líder hubiera desaparecido. Una eventualidad que, por distintas razones, parecía estar en la conciencia de muchos, entre ellos, en la de Justo Sierra, quien, en una de sus intervenciones públicas durante estos festejos patrios, advirtió sobre la necesidad de que se produjera ya un cambio generacional. Pero un cambio –consideraba el intelectual campechano– constituido sobre las bases del modelo ya existente, es decir, apoyado en principios como la unidad, la paz y el progreso<sup>106</sup>; lo cual dejaba necesariamente fuera otros elementos, como la representación política o el ejercicio de ciertas libertades, que de forma cada vez más enfática reclamaban ciertos frentes de oposición al gobierno porfiriano<sup>107</sup>.

La identificación de don Porfirio con la idea de nación había sido –como hemos visto en las páginas precedentes– la mejor manera de blindar su carisma, pues, de este

---

<sup>103</sup>“Fue suspendido el grito en Monterrey”, *Diario del Hogar*, 18 de septiembre de 1909.

<sup>104</sup>“Las fiestas nacionales”, *Diario del Hogar*, 18 de septiembre de 1909.

<sup>105</sup>La bibliografía sobre el tema aparecida con motivo de la celebración del Bicentenario fue ingente, en las páginas siguientes nos referiremos aquellas obras consultadas que nos resultaron de más utilidad de acuerdo a la hipótesis de trabajo.

<sup>106</sup>Sierra, 1910, en Guedea (ed.), 2010, pp. 53-56.

<sup>107</sup>Cockcroft, 1985, pp. 147-157.

modo, cualquier crítica o rebelión contra él –y, por tanto, contra aquello que representaba y encarnaba– podría ser interpretado como delito de lesa patria y, como tal, ser castigado. Algo que, en un ambiente de inestabilidad política como el que se había abierto en México desde mediados de 1908, resultaba de lo más conveniente. En este sentido, el gran despliegue de medios efectuado durante el Centenario podría verse como un alarde de fuerza simbólica ejecutado por el régimen, cuyos destinatarios habrían sido sobre todo la oposición política interna del país y la comunidad internacional, que durante aquel mes de septiembre de 1910 observó de manera mucho más próxima y atenta los avatares de la nación mexicana. De ahí que cada uno de los numerosísimos actos que compusieron el extenso programa de estos festejos<sup>108</sup> fuera cuidado a detalle y presentado con la mayor espectacularidad posible, pues la parte estética de la política resultaba en estas circunstancias elemento crucial, como pudo apreciarse a través de desfiles, vestuarios, decorados, adornos florales, representaciones simbólicas, música, discursos y un largo etcétera.

A esta espectacularidad se sumó también la prensa afecta, que, además de cubrir tanto visual como verbalmente con lujo de detalles cada uno de los actos del festejo, decidió hacer su aportación propia a los mismos mediante la publicación de ilustraciones y litografías alusivas al Centenario. En este sentido, resultan interesantes las carátulas publicadas por *El Imparcial*, resultado de un concurso abierto meses antes por extinto periódico *El Herald*, en el que se invitaba a los participantes a representar de forma alegórica a la nación mexicana. Entre las carátulas recibidas, la que ganó el primer premio, obra del entonces joven pintor Jorge Enciso, resulta llamativa por estar protagonizada por una de las pocas representaciones alegóricas masculinas de la nación (figura 29). La explicación de su significado, a cargo de José Juan Tablada, permitía conocer al espectador que la imagen representaba a “un indio” que “es la patria”, que “es el pueblo heroico”, en el momento que le está ofreciendo al águila del Anáhuac el olivo de la paz; algo que realizaba con un gesto sereno, porque ese pueblo sabía que el tiempo de la guerra y de la convulsión había pasado y que para cumplir con “los armoniosos rituales de la paz” ya no requeriría de

---

<sup>108</sup>La crónica oficial de los festejos en, García, 1911. Las gestiones realizadas por el Ayuntamiento y el Gobierno del Distrito en AHCM, fondo: Ayuntamiento y Gobierno del Distrito, sección: festividades, vol. 1612, exps. 269 al 345.

su escudo ni de sus armas, que por eso había dejado en el templo, “junto a los laureles de la victoria”<sup>109</sup>.

La nación mexicana –así como su mejor encarnación viva– se convirtió, por tanto, en la protagonista de estos festejos, de la misma forma en que lo habían hecho en sus respectivos centenarios Francia o Estados Unidos o que lo harían en esos mismos años otras naciones de Hispanoamérica<sup>110</sup>. Para ello, se definió a sí misma a través de una serie de aspectos que quedaron representados en uno o muchos de los actos que tuvieron lugar a lo largo de aquellas semanas de celebraciones patrias. Entre los más significativos habría que mencionar aquellos encaminados a la exposición de su definición histórica; los enfocados a la demostración de sus logros –tanto materiales como intelectuales–, es decir, a las representaciones del progreso y de su correlato necesario, la paz; los destinados a mostrar la correcta organización del cuerpo social; los centrados en reflejar su reconocimiento internacional; y, finalmente, aquellos que tenían por objeto mostrar el ordenamiento normativo que le daba base legal y jurídica a la nación.

---

<sup>109</sup>“El águila y el olivo”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1910.

<sup>110</sup> Para el caso de Francia, véase, por ejemplo, Ory, 1984, pp. 523-560, para el de Estados Unidos, Gowers, 2004; una reflexión de conjunto sobre los Centenarios en Hispanoamérica en Pérez Vejo, 2010, 7-29.



Figura 29: portada de la segunda parte de la edición del 16 de septiembre de 1910 de *El Imparcial*.

La definición de México a través de su historia fue uno de los aspectos más importantes del programa de festejos y quedó representado en actos tan significativos como la inauguración del monumento a la Independencia en la cuarta glorieta del Paseo de la Reforma la mañana del día 16 o en la devolución por parte del Marqués de Polavieja al gobierno de México del uniforme de Morelos la mañana del día siguiente. Ambos actos, representados con la más lujosa y sofisticada escenografía y acompañados de enfáticos discursos, hacían referencia al momento fundacional de la nación, cuyo aniversario se conmemoraba durante aquellos días. Sin embargo, probablemente donde quedó plasmada una versión más completa de la visión

de la historia oficial fue en el desfile histórico que tuvo lugar durante la mañana del día 15 y que, al parecer, fue presenciado por más de 500.000 espectadores.

Siguiendo parcialmente el plan esbozado por primera vez por el Círculo de Amigos de Porfirio Díaz en 1900—que a su vez parecía seguir la propuesta de Justo Sierra en su obra *México a través de los siglos*— el gran desfile histórico, cuya duración se prolongó por más de cuatro horas, estaba compuesto por tres grupos que representaban respectivamente el México prehispánico, el colonial y los años de la insurgencia hasta la consumación de la Independencia en 1821. La versión de la historia recreada en él resultó de lo más incluyente<sup>111</sup>, pues en ella no sólo se dio cabida a las civilizaciones indígenas mesoamericanas y a los europeos hispanos, percibidos como las dos ramas de un mismo tronco<sup>112</sup>, sino que quedaron representados también personajes tan controvertidos en el relato histórico liberal, como Agustín de Iturbide, que, simbolizado en un hombre a caballo, servía para explicar el momento de la consumación de la Independencia; una inclusión que resultó muy del agrado de los católicos, que, después de décadas reivindicándolo, por fin veían a uno de sus héroes formando parte del panteón de héroes nacionales<sup>113</sup>.

La definición de México a través de sus logros materiales e intelectuales resultaba también de gran significación para el régimen y por ello quedó asimismo representado en multitud de actos. Respecto a los logros materiales, esto pudo apreciarse en la inauguración de edificios y obras de infraestructura, como el ensanche del desagüe del Valle de México o el parque obrero de Valbuena; pero, de nuevo, fue una manifestación por las calles de la ciudad la forma en que quedó mejor plasmado ese progreso, representado por las miles de empresas de toda índole que conformaron el que se conoció como “el desfile del comercio”. Ejecutado la mañana del día 4 de septiembre, el desfile estuvo organizado por contingentes divididos en función de su actividad económica, que marcharon por el Paseo de la Reforma hasta el zócalo representando de forma alegórica la actividad que desempeñaban y la manera en la que a través de esta contribuían al engrandecimiento nacional, como el carro de la Agricultura en el que varios campesinos vestidos con el traje

---

<sup>111</sup>Lempérière, 1995, pp. Guedea, 2009, pp. 21-107.

<sup>112</sup> “El día de la patria”, *La Patria*, 15 de septiembre de 1910.

<sup>113</sup> “El desfile histórico de ayer resultó brillante y sugestivo”, *El País*, 16 de septiembre de 1910.

típico de distintas regiones de la república mostraban en sus manos los productos autóctonos de cada una de ellas<sup>114</sup>.

En cuanto al progreso intelectual, que respaldaba mejor que cualquier otra cosa los avances de México en materia de civilización, don Justo Sierra, uno de los principales promotores del cultivo de esta imagen, se dedicó con fruición a la organización de eventos de carácter académico que pusieran de manifiesto las aportaciones de México en este sentido. Así, además de la celebración de varios congresos importantes, como el Internacional Americanistas o el Nacional de Medicina, se llevó a cabo la inauguración de varias exposiciones, tanto artísticas, como científicas, así como un sinnúmero de conferencias magistrales, charlas, lecturas públicas, etc., que permitían mostrar no sólo los avances de México en materia intelectual, sino el intercambio fructífero y constante existente en este sentido entre la nación mexicana y el resto de naciones civilizadas y modernas del orbe<sup>115</sup>.

La definición de México a través de la organización de su cuerpo social, aspecto de gran relevancia en la visión positivista que tenían los científicos, quedó representada, entre otras formas, mediante de la inauguración de ciertos edificios, como el Manicomio General de la Castañeda o la Penitenciaría del Distrito Federal; obras de ingeniería civil destinadas a albergar dentro de sus paredes a aquellos segmentos de la población que, debido a sus patologías, debían ser aislados de ese cuerpo social al que se quería sano y trabajador. Pero además de esto, también quedó representada a través de un conjunto de manifestaciones en la vía pública, como la jura de la bandera protagonizada por 38.000 niños de escuelas primarias en el zócalo, “espectáculo nunca visto [que] nos hacía ver (...) la eternidad de la Patria”<sup>116</sup>; o el desfile cívico de la mañana del día 14. En este último, que tenía como objetivo depositar una ofrenda floral en el túmulo a los héroes de la Independencia que entonces todavía se encontraba en catedral, tomaron parte, según la prensa oficialista, representantes de todas las clases sociales<sup>117</sup>. Sin embargo, la oposición liberal sólo vio desfilar en él a oficinistas y burócratas, al mismo tiempo que denunciaba una ausencia que para ellos resultaba inadmisibles: la de los cautivos y sus familias, imposibilitados de

---

<sup>114</sup>García, 1911, pp. 130-131.

<sup>115</sup>*Ibid supra*, pp. 225-274.

<sup>116</sup>“La patria eterna”, *El Mundo Ilustrado*, 18 de septiembre de 1910.

<sup>117</sup>“Procesión cívica”, *El Imparcial*, 14 de septiembre de 1910.



participar en la gran fiesta nacional por haber hecho uso de su libertad de expresión; por eso, en su opinión, a pesar de los esfuerzos oficiales, la manifestación estuvo teñida de “un ánimo triste”<sup>118</sup>.

La definición de México a través de su reconocimiento internacional estuvo prácticamente presente en todos y cada uno de los actos ejecutados con motivo de los festejos, pues a casi todos ellos fueron invitados los representantes de los distintos países que habían enviado una delegación para acompañar a la nación mexicana durante su Centenario. Pero además, tuvieron una participación más directa en algunos actos, como en el desfile militar efectuado después de la inauguración de la columna de la Independencia, en el que marcharon soldados de cuatro naciones amigas (Francia, Alemania, Brasil y Argentina) y en el gran banquete que les ofreció Porfirio Díaz la noche del 10. El banquete, que fue el “más suntuoso que se haya verificado en Palacio Nacional en la época republicana”<sup>119</sup>, estuvo atravesado por multitud de discursos y brindis propuestos por los representantes del Cuerpo Diplomático, que no escatimó en elogios para la nación mexicana y para su Presidente, verdadero creador de esta y responsable innegable de su prosperidad presente. A todos ellos respondió don Porfirio en un discurso breve pero emotivo en el que comenzó señalando que “las grandes alegrías y los grandes entusiasmos se agigantan (...) cuando estamos seguros que en ellos participan aquellos seres que nos merecen estimación y respeto”. En este sentido –continuaba Díaz– “si habéis venido a acompañarnos (...) es porque el México del Centenario es un país regenerado por la paz y por el trabajo (...), porque la República se ha consagrado a hacerse respetar y amar, y porque las naciones amigas saben que, al tenderles la mano, al anudar y consolidar amistades internacionales, ningún interés mezquino nos guía”. Por eso, al concluir su intervención, el Primer Magistrado de la nación alzó su copa y solicitó un brindis por “la humanidad civilizada que tan dignamente encarnáis en este solemne momento, y por la salud de los ilustres soberanos y los dignos jefes de Estado que con tanto brillo representáis”<sup>120</sup>.

Finalmente, la definición de la nación mexicana a través de su ordenamiento jurídico y normativo fue, como cabía esperar, la que menos representación tuvo a lo largo

---

<sup>118</sup>“La manifestación cívica de ayer”, *Diario del Hogar*, 15 de septiembre de 1910.

<sup>119</sup>“Suntuoso banquete de anoche en Palacio Nacional”, *El imparcial*, 11 de septiembre de 1910.

<sup>120</sup>Díaz, 1910, en Guedea (ed.), 2010, pp. 109-111.

de los festejos. Esta se redujo prácticamente a la sesión celebrada por la Cámara de Diputados en honor de los parlamentarios extranjeros visitantes el día 23 de septiembre. En ella, el diputado Rosendo Pineda pronunció un discurso en el que alabó el régimen parlamentario y explicó cómo a través de él las naciones habían logrado su evolución política, pasando de los regímenes autoritarios habituales en la Edad Media, a los gobiernos representativos propios en las naciones democráticas como México. Por eso, instaba a los ilustres visitantes a que, después de su experiencia en aquella sesión, “proclaméis, en medio de vuestros conciudadanos, que México se asienta sobre las bases políticas de una amplitud y de una liberalidad que apenas es conocida en ninguna otra parte del mundo”<sup>121</sup>, como correspondía a su condición de nación civilizada. Una percepción del ejercicio de la actividad política que era absolutamente contraria a la que tenía buena parte de la oposición liberal-democrática, para quienes la conquista de las libertades iniciada durante la insurgencia se había ido perdiendo paulatinamente, pero sobre todo en los últimos años<sup>122</sup>.

A buena parte de todos estos actos destinados a representar la idea de México como nación acudió don Porfirio, cuya presencia hacía que estos adquirieran una mayor solemnidad, así como una mayor emotividad, pues su sola aparición en los distintos escenarios suscitaba aclamaciones tan apabullantes y ensordecedoras, que el inicio de las respectivas ceremonias tuvo que ser en ocasiones retrasado algunos minutos hasta que se lograba el mínimo de silencio necesario para comenzar<sup>123</sup>. Pero, además de esto, como era costumbre, Díaz recibió con motivo de su cumpleaños las consabidas felicitaciones, que en este año provinieron de más de 15.000 personas, entre las que siguieron figurando menesterosos indígenas y obreros fabriles, que ya fuera en Chapultepec o en Palacio Nacional, se acercaron a él para estrechar su mano y desearle una larga vida. Junto a las felicitaciones personales, como también era habitual, la prensa afecta al régimen le extendió su propia felicitación a través de sus páginas, mediante exaltados editoriales en los que se aseguró que Díaz había sido el verdadero creador de la patria, pues él había sido quien la había dotado de libertad, de prosperidad y de reconocimiento internacional; por eso no dudaban que la noche de ese 15 de septiembre don Porfirio iba a escuchar “la voz de un

---

<sup>121</sup>Pineda, 1910, en Guedea (ed.), 2010, pp. 21-25.

<sup>122</sup>“El borrón del Centenario”, *Diario del Hogar*, 15 de septiembre de 1910.

<sup>123</sup>Véase al respecto, por ejemplo: “El grito”, *El Imparcial*, 16 de septiembre de 1910 o “El esplendor de las fiestas patrias”, *La Patria*, 19 de septiembre de 1910.

pueblo redento”, que como “un océano de almas agrupadas en torno de un sentimiento”, le agradecerá su esfuerzo pasado, así como sus desvelos presentes y futuros<sup>124</sup>.

La percepción que tuvo el conservadurismo católico de las múltiples representaciones de la nación y de su Presidentepresentes en los festejos del Centenario fue, en términos generales, positiva. En su opinión, las manifestaciones de aquellos días habían permitido que “el júbilo de la masa popular” se desbordase en su deseo de honrar a los héroes históricos y al progreso del México presente; algo que además habían hecho de manera relativamente ordenada y exenta de los brotes de hispanofobia de épocas pasadas que tanto desagrado les causaban<sup>125</sup>. Esto, sumado a la visión abarcadora de la historia reflejada en las diversas actividades celebradas durante aquellos días, les llevó a manifestar una postura complaciente respecto a lo visto y oído en aquellos días.

No fue este el caso, sin embargo, de la visión de la oposición liberal y liberal demócrata, que, en las escasas manifestaciones que hizo al respecto<sup>126</sup>, se mostró crítico y distante emocionalmente, no del hecho conmemorado, por supuesto, sino de la manera en que se había llevado a cabo la conmemoración y de lo que quedaba representado en ella. En este sentido, quizás una de las expresiones más elocuentes fue el artículo publicado por Luis Cabrera en *Diario del Hogar* el 18 de septiembre. En su editorial, Cabrera comenzaba afirmando que las conmemoraciones del Centenario habían sido como todas las fiestas patrióticas, “pero con más aderezo teatral, con más ostentación de patriotismo hueco y con muchas más figuras de la Libertad y de la Paz y de la Justicia y de la Ley (...), como si los gobernantes quisieran pagarnos con efigies las libertades que no han sabido darnos en verdad”. A continuación, llamaba la atención sobre el derroche de ostentación de que habían hecho gala los festejos, una ostentación a la que habían sido invitados “los extranjeros y los elegidos”, mientras el pueblo quedaba excluido, “porque es pobre y su presencia nos causaría bochorno”. Por eso –sentenciaba el intelectual poblano– en las celebraciones de esos días se festejaban dos ideas de patria distintas, una “la de la oligarquía dominante, la que apoyó al traidor Iturbide y ofreció el trono al emperador Maximiliano”, y la otra, la verdaderamente sana y fundadora, la del “pueblo trabajador y patriótico, que siguió a Hidalgo y Morelos en su lucha”. Y para que esta última se

---

<sup>124</sup>“Porfirio Díaz”, *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1910.

<sup>125</sup>“Durante los dos más solemnes y gloriosos días de la patria”, *El Tiempo*, 17 de septiembre de 1910.

<sup>126</sup>Hurtado, 2009, pp. 226-282.

convirtiera en la única idea de patria posible para todos los mexicanos imploraba a los “mártires gloriosos de nuestra independencia” a que le diera al pueblo la “fe para llegar a la fuente donde habremos de apagar esta sed infinita de libertad y de justicia que nos ahoga” y para “arrancarnos esta cadena que nos hiere y que nos sangra y nos hace tropezar a cada paso, esta cadena que vosotros rompisteis y que todavía llevamos arrastrando”<sup>127</sup>. La imagen oficial de la nación en su Centenario no era, por tanto, el ideal al que aspiraban los representantes de este segmento del arco ideológico.

Quizás mejor que ninguna otra de las conmemoraciones nacionales, los festejos de los días 15 y 16 de septiembre contribuyeron a la creación de una imagen cesarista de los últimos años del gobierno del General Díaz. Tanto la significación de la efeméride, como la “afortunada coincidencia” que había hecho que esta prácticamente tuviera lugar el mismo día que el cumpleaños de Díaz, así como la forma en la que se llevaron a cabo sus sucesivas celebraciones a lo largo de esta primera década del siglo XX favorecieron la representación de una imagen de México que respondía en gran medida al modelo de esos gobiernos cesaristas que menudearon en la Europa occidental de aquellos mismos años. Y aunque esto llegó a su momento culminante, como hemos visto, durante el Centenario, los festejos de los años anteriores abonaron en esta misma dirección y permitieron la gran exhibición que tuvo lugar en 1910.

La representación cesarista del gobierno de Díaz a través de estos festejos tuvo múltiples manifestaciones, pero probablemente su mejor contribución consistió en blindar la imagen carismática de Díaz, en establecer una rutinización de ese carisma y en mostrar la relación directa y estrecha del líder con las masas, lo cual dejaba en un lugar secundario, aunque sin duda esencial, la mediación parlamentaria. Las constantes aclamaciones, ovaciones y sublime excitación con la que la prensa de diverso signo describió la actuación de la ciudadanía cada vez que Díaz hacía acto de presencia en algún escenario del espacio público (e incluso del privado, en el caso de las felicitaciones por su onomástico) mostraba la adhesión incondicional de esas masas, cuyo vínculo con su líder, como advirtió la prensa oficialista, provenía más de la pulsión de los afectos que de la racionalidad impuesta por un proceso legislativo. La política de los afectos, excitada por las grandes y efectistas

---

<sup>127</sup>“Las dos patrias”, *Diario del Hogar*, 18 de septiembre de 1910.

escenificaciones, potenciaron la imagen cesarista del régimen. Otros aspectos, como el respaldo del Ejército, aunque también resultaron importantes, salvo en los años en los que Reyes estuvo al frente de la Secretaría de Guerra, no adquirieron un papel tan preponderante.

La imagen cesarista del gobierno porfiriano dibujada en estos festejos fue recibida de buen grado por la oposición católica, que, más allá de la defensa de sus intereses particulares, parecía ver con buenos ojos las formas que iba adquiriendo la política, quizás porque no distaban mucho de sus propios planteamientos. Sin embargo, para la oposición liberal doctrinaria y para la incipiente liberal demócrata, esta imagen cesarista del gobierno porfiriano presente en las conmemoraciones patrias fungió como revulsivo y llevó a un distanciamiento definitivo entre su visión de la nación y de la forma en que esta debía ser gestionada a través de la política y la representación oficial de la misma. Disidentes de esta visión oficial, ofrecieron eventualmente su visión respecto a qué era o debía ser la nación mexicana y llamaron a la ciudadanía, a esas masas que en ocasiones percibían aletargadas y dominadas por una terrible inanidad, a que despertaran y adoptaran una postura más activa para la recuperación de sus libertades perdidas.